

# CRISTIANIDAD

Año XLIV  
NUMEROS 675-676-677  
BARCELONA  
JUNIO-JULIO-AGOSTO  
1987

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## SUMARIO

Editorial: el Rosario,

J.M.P.S.

Alocución del Papa desde Santa María la Mayor

Alocución del Papa desde el santuario del Divino Amor

El Santo Escapulario del Carmen

Sobre el sentido del escapulario en el P. Xiberta O. Carm.

El Escapulario del Carmen como símbolo de consagración

Carta de S.S. Pío XII, del 11 de febrero de 1950, sobre el

Escapulario (con ocasión del VII centenario)

Cartas de los padres generales de las dos ramas carmelitanas sobre dicho centenario

Evolución histórica de la fiesta de la Virgen del Carmen

Helena Costa

Homilía después de la beatificación de las tres carmelitanas descalzas, el 30 de marzo de 1987, pronunciada por el Sr. Cardenal-Arzbispo de Barcelona Mons. Narciso Jubany

Himno Akathistos: Canto litúrgico mariano

La hora de María en el pontificado de Pío IX y en el origen de la misión de San Juan Bosco

Nicolás Echave-Sustaeta

S.D.B.

La prudencia en la actividad práctica

Margarita Mauri

Oración de Juan Pablo II para el año Mariano

«Coplas en alabansa de nuestra senyora del Carne»

ADMINISTRACION:

Lauría, 19, 2.º, 1.º - 08010

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

# EL ROSARIO

El día de Pentecostés se abrió el año mariano. La víspera, el sábado día seis de junio, Su Santidad dirigió un rosario desde la Basílica de Santa María la Mayor, que fue retransmitido por mundovisión en conexión con algunos de los más famosos santuarios marianos de todo el mundo. Al final de este emotivo acto mariano el Papa se dirigió a los televidentes en una audiencia jamás igualada, con un breve y expresivo mensaje centrado en la idea de la presencia de María en la vida de la Iglesia, según lo ya desarrollado por el mismo Pontífice en la Encíclica reciente **Redemptoris Mater**.

El Papa nos invita a redescubrir el valor del rosario. He aquí los puntos principales:

- 1) El «Ave María», alternando con el Padre nuestro y el Gloria, nos hace vivir la comunión eclesial. La unidad de fe y de plegaria de toda la Iglesia.
- 2) Siguiendo los misterios del rosario descubrimos el misterio profundo de la Historia, penetrada por el designio providencial de salvación.
- 3) El Ave María es el comienzo de la historia de la salvación. Al repetir nosotros ahora aquellas palabras del ángel significamos la voluntad de volver a Dios por medio de María. María nos conduce a Cristo.
- 4) Que el Ave María, esta suave plegaria, resuene alegre en los templos y en los santuarios, marque el ritmo de los pasos del pueblo que peregrina, y el Rosario vuelva a ser la plegaria habitual de la familia, la iglesia doméstica.
- 5) La plegaria del Rosario llevará al mundo la expresión de la ternura del amor de Dios por la humanidad del siglo XX.

Hemos de mirar a María como modelo de la nueva humanidad. El Rosario nos muestra la respuesta de María al designio de Dios, modelo ejemplar de toda respuesta, con la que podremos vivir trascendente y a la vez humanamente los acontecimientos todos de nuestra vida personal. Digamos también nosotros nuestro Magnificat con el Magnificat de María, agradezcamos a Dios que por el Espíritu Santo y María nos ha dado a nuestro Salvador, Jesucristo el Hijo de Dios. El Rosario ha de expresar nuestra fe, nuestra alegría, que es firme esperanza, y nuestro agradecimiento. El Rosario nos ha de salvar de la perturbación que azota al hombre contemporáneo a pesar de su aparente progreso. El Rosario nos descubre, nos actualiza, la contemplación de la relación de Dios con el hombre, sin la cual el hombre no conoce el valor de su propia existencia ni el camino para alcanzar su plenitud.

J.M.P.S.

## ALOCUCION DEL PAPA AL FINAL DEL ROSARIO, TRANSMITIDO POR MUNDOVISION, BASILICA MARIA LA MAYOR, 6 DE JUNIO

¡DIOS TE SALVE, MARIA! LLENA ERES DE GRACIA  
COMIENZA EL AÑO DEDICADO A LA VIRGEN,  
EN LA PERSPECTIVA DEL TERCER MILENIO

### COMUNION ECLESIAL MEDITANDO LOS MISTERIOS DE CRISTO

#### 1. ¡Ave María!

Con las palabras del saludo angélico hemos invocado repetidamente, en este Rosario que ha tenido un eco mundial, a la Virgen María, Madre del Redentor y Madre nuestra espiritual.

¡Ave María! Es un saludo y una imploración. Un saludo de alabanza a Aquella que aceptó ser cooperadora en el nacimiento, en el tiempo, del Hijo eterno de Dios. Una imploración dirigida a Dios Omnipotente, mediante la intercesión de la «llena de gracia».

¡Ave María! La mística invocación, alternada con los acentos del Padrenuestro y del Gloria, nos ha hecho vivir un momento de comunión espiritual profunda, que la conexión en mundovisión con algunos de los principales santuarios marianos ha hecho particularmente sugestiva. Una admirable armonía de corazones, que ha resonado en los cinco continentes, en grandes templos de la cristiandad, en innumerables comunidades eclesiales y religiosas, en lugares de sufrimiento y de recuperación, de asistencia y de caridad, en muchas familias: un coro cosmopolita, de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, unidos todos en el lenguaje de la plegaria.

Esta basílica romana de Santa María la Mayor, que mi lejano predecesor Sixto III dedicó «a la Bienaventurada Virgen María y al Pueblo de Dios», ha sido, en esta víspera del Año Mariano, un corazón latente de oración, de comunión y de caridad.

### LA HISTORIA DE LA SALVACION Y LA PRESENCIA DE MARIA EN LA IGLESIA

2. ¡Santa María, Madre de Dios! Hemos rezado, mediante los cinco misterios relacionados con la historia de la salvación y con la presencia de María.

Esta meditación ha dado un aliento de incalculable valor a las palabras salidas de los labios. Siguiendo los misterios del Rosario nos disponemos a descubrir el misterio profundo de la historia, penetrada íntimamente por el designio providencial de la Salvación, que el Espíritu Paráclito desarrolla a través del conjunto de los acontecimientos. El Espíritu «impregna la peregrinación terrena del hombre y hace confluir toda la creación —toda la historia— hacia su último término en el océano infinito de Dios» (Enc. *Dominum et Vivificantem*, 64).

Rezando juntos hemos reforzado los vínculos de solidaridad con toda la familia humana, convencidos de que los retos de esta difícil hora del mundo, para que se resuelvan en favor del hombre y de su auténtica civilización, han de ser afrontados también con una generosa apertura a la dimensión trascendente.

El hombre contemporáneo se pregunta, a veces con angustia, sobre el significado de la trayectoria de su existencia. Aunque se encuentra ante un progreso sin precedentes, el hombre actual se siente profundamente perturbado por las contradicciones presentes en el mundo y en las personas, que lo llevan incluso a dudar a veces del valor mismo de la vida. Y sin embargo el camino de la liberación está inscrito en la profundidad de su corazón. Allí, donde se acalla cualquier ruido alienante, llega una voz que ilumina, consuela, fortifica: la voz de Dios, Padre bueno y misericordioso, sabio y providente.

### MARIA, MODELO EJEMPLAR DE LA NUEVA HUMANIDAD

Hermanos y hermanas diseminados de un extremo al otro del globo terrestre, éste es el mensaje que la Virgen hace llegar a cada uno en este momento singular: ¡Dios es amor!

Quienquiera que seas tú, cualquiera que sea tu condición existencial. Dios te ama. Te ama totalmente.

El hombre está llamado a la comunión con el Creador, el deseo insustituible de la verdad y de la felicidad nos lo recuerda continuamente. El hombre tiene necesidad de Dios.

¡Ave María! Hace dos mil años estas palabras abrieron el nuevo curso de la historia de la salvación, marcado por la «plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4). Con estas mismas palabras nosotros expresamos la voluntad de volver a Dios por medio de María. En efecto, Ella nos conduce a Cristo.

Al acercarse el tercer milenio de la Encarnación, queremos reforzar nuestras relaciones con Dios, como garantía de nuevas relaciones de verdad y de bondad entre los mismos seres humanos.

Y María es el modelo ejemplar de la «nueva humanidad». Es la Mujer en la que se realizó plenamente el diseño de Dios. Y al mismo tiempo es la «humilde esclava del Señor» y la «llena de gracia».

Recorriendo, mediante los misterios del Rosario, las etapas de la obra salvífica de Cristo, descubrimos el modo con que María ha vivido la riquísima dimensión —trascendente y a la vez humana— de aquellos acontecimientos, destinados a dejar una huella imborrable en el camino del hombre.

### EL ROSARIO Y EL MAGNIFICAT

4. ¡Ave María! Que esta suave plegaria resuene alegre en los templos y en los santuarios. Marque el ritmo de los pasos peregrinantes por los caminos del tiempo; de los pasos del Pueblo de Dios en camino. Que el Rosario vuelva a ser la plegaria habitual de aquella «iglesia doméstica» que es la familia cristiana. Así la plegaria del Rosario llevará a nuestro mundo, con la sonrisa de la Virgen Madre, la expresión de la ternura del amor de Dios por la humanidad valiente y temerosa del siglo XX. Es el deseo que brota del corazón en el umbral del Año Mariano. Que este año sea un grandioso «Magnificat» que toda la Iglesia eleve al Señor, el cual «ha mirado la humildad de su sierva» y ha hecho en Ella y para Ella «maravillas».

Que el **Magnificat** de la Virgen María sea nuestro **Magnificat**. Que reúna y presente al Padre, nuestro agradecimiento más profundo porque, por obra del Espíritu Santo, nos ha dado —por medio de María— a su amadísimo Hijo, nuestro Redentor, Jesucristo. A El todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

AL COMIENZO DEL AÑO MARIANO, INVOCACION AL  
ESPIRITU CREADOR: «VENI, CREATOR SPIRITUS...»

EL ESPIRITU QUE DIO A LA VIRGEN; A LOS APOSTOLES Y  
A LOS DISCIPULOS, REUNIDOS EN ORACION EL DON DE  
TESTIMONIAR CON VALENTIA EL MENSAJE DE CRISTO ANTE  
EL MUNDO: COMENZO ASI LA EVANGELIZACION

## Alocución del Papa durante las Vísperas de la solemnidad del Pentecostés en el santuario Divino Amor de Roma, la tarde del 7 de junio

«Veni, Creator Spiritus, mentes tuorum visita, imple superna gratia  
quae Tu creasti pectora».

Queridísimos hermanos y hermanas:

1. En la tarde de la solemnidad de Pentecostés, primer día del Año Mariano, he deseado venir en peregrinación a este santuario del Divino Amor, el cual —aunque de fecha relativamente reciente respecto a la incomparable basílica de Santa María la Mayor, a donde fui ayer— es muy querido en la diócesis de Roma.

Como todos los santuarios, también este lugar testimonia la presencia de María Santísima en la vida de la Iglesia en camino y su amor materno por los hijos que, confiados, recurren a Ella. Nosotros la sentimos, en este momento, cercana, mientras que «asiduos y concordes en la oración», como los Apóstoles en el Cenáculo, invocamos al Espíritu Santo, a fin de que quiera derramar con mayor abundancia sus dones en este año de especial empeño espiritual en preparación al Jubileo del año 2000.

«Ven, Espíritu Creador, visita las almas de los tuyos, llena de tu gracia divina los corazones que tú has creado».

2. El Espíritu Consolador —aparecido en el Cenáculo bajo la forma de lenguas de fuego—, el día de Pentecostés dio a la Virgen, a los Apóstoles y a los discípulos, reunidos en oración, el don de testimoniar con valentía el mensaje de Cristo ante el mundo. Desde entonces el Espíritu comenzó a conceder a la Iglesia la variedad y la potencia de los que el Concilio llama «los dones jerárquicos y carismáticos» (**Lumen gentium**, 4).

En el pequeño núcleo, reunido en su Cenáculo e impelido por el Espíritu Santo al anuncio apostólico y profético, es la misma Iglesia, en la variedad de sus ministerios y de sus carismas, recíprocamente complementarios entre sí, la que inicia humilde y confiadamente su camino, sufrido pero imparabile, de gradual conquista de las almas para Cristo, para bautizar, purificar y santificar a los hombres «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo».

También nosotros hoy, aquí, queridos hermanos y hermanas, somos llamados por el mismo Espíritu a continuar —cada uno de nosotros según el propio don recibido— esta obra de anuncio y de testimonio para

que el acontecimiento de Pentecostés realice su misterioso influjo salvífico sobre la humanidad entera.

3. Pentecostés, el acontecimiento grandioso, etapa decisiva de la historia de la salvación, de la que estamos haciendo memoria litúrgica, nos recuerda por una parte el cumplimiento del misterio de la Encarnación, pero por otra parte constituye un inicio cargado de promesas, el inicio de ese camino de la Iglesia a través de los siglos —de ese camino de fe—, que dura todavía hoy y durará hasta el fin del mundo, y en el que —como he dicho en la Encíclica **Redemptoris Mater** (n. 49) —María constantemente nos precede como la que es anterior en la fe: anterior no sólo en sentido cronológico, sino también porque Ella es modelo del perfecto creyente para todos nosotros.

Esta guía materna que María desempeña con la Iglesia, bajo la acción del Espíritu Santo que conduce a los creyentes a la plenitud de la Verdad, esta acción constante de la Virgen en favor de la Iglesia, constituye su «cooperación» a la obra de la redención y su contribución para que ésta pueda alcanzar efectivamente a todas las almas.

Por esto, como he dicho en la Encíclica **Redemptoris Mater**, una de las finalidades de este Año Mariano, es la de llamar a la Iglesia «no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además a preparar, por su parte, para el futuro, los caminos de esta cooperación: ya que el final del segundo milenio cristiano abre una nueva perspectiva» (ib). El Año Mariano debe estimularnos, en particular, a comprometernos en la plena maduración de los frutos del reciente Concilio, que ha sido, para nuestro siglo, una especie de nuevo Pentecostés y un signo de la colaboración que María ha dado y da a la actuación del misterio de salvación.

4. El acontecimiento de Pentecostés, que hoy revivimos litúrgicamente, es un acontecimiento de verdad. Precisamente porque iluminados por la Verdad y como poseídos e invadidos por ella, los discípulos del Señor se sienten capaces de anunciarla al mundo con absoluta certeza y con la firme convicción de actuar por el bien eterno de la humanidad.

En este Año Mariano pidamos al Espíritu que, por intercesión de la Virgen, la «Sede de la Sabiduría», podamos «caminar en la luz» y profundizar ulteriormente el misterio de Cristo. Sin la asistencia del Espíritu de Verdad, es imposible a la Iglesia, a cada uno de nosotros, anunciar convenientemente este misterio. Más aún, no seremos absolutamente capaces de ello, dada la limitación y la debilidad de nuestro espíritu y de nuestra inteligencia. Por ello, como he dicho en la Encíclica **Dominum et Vivificantem** (n. 6), el Espíritu debe ser, en esta tarea que El mismo nos confía, «la guía suprema del hombre y la luz del espíritu humano. Esto sirve para los Apóstoles», pero «en una perspectiva más amplia esto sirve también para todas las generaciones de discípulos y confesores del maestro, ya que deberán aceptar con fe y confesar con lealtad el misterio de Dios operante en la historia del hombre, el misterio revelado que explica el sentido definitivo de esa misma historia».

Y si estamos en la verdad, podremos poner en obra la verdad. «Si caminamos en la luz —nos dice el Apóstol Juan (1 Jn 1, 7) cómo El» (es decir, Dios) «está en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de Jesús, su Hijo, nos purifica de todo pecado».

¡Que el Espíritu Santo, por intercesión de María, en este Año a Ella dedicado, ilumine nuestras mentes y dé fuerza a nuestra voluntad para poner por obra el verdadero bien de los hermanos!

5. Que María, la «llena de gracia», nos obtenga del Espíritu copiosos dones de gracia, para vencer todas las potencias del mal. La fragilidad humana, en efecto, está siempre amenazada por las malas inclinaciones, por la mentalidad del mundo y por las sugerencias del maligno. La fuerza del mal —la «cizaña» de la que habla el Evangelio— está constantemente presente en la historia de aquí abajo. Pero presente en nuestras situaciones humanas está también el Espíritu de Verdad, que ayuda a los hombres a conocer la verdad del pecado. «De este modo —he escrito en la Encíclica citada— los que "convencidos en lo referente al pecado" se convierten bajo la acción del Paráclito, son conducidos, en un cierto modo, fuera del ámbito del "juicio": de aquel "juicio" mediante el cual "el príncipe de este mundo está juzgado"... Los que se convierten, pues, son conducidos por el Espíritu Santo fuera del ámbito del "juicio", e introducidos en aquella justicia, que está en Cristo Jesús, porque la "recibe" del Padre, como un reflejo de la santidad trinitaria» (*dominum et Vivificantem*, 48).

La victoria contra el mal requiere mucha energía, mucha tenacidad, mucho espíritu de sacrificio. Supone una verdadera lucha, a veces incluso larga. Que la Santísima Virgen nos obtenga del Espíritu la fuerza y la perseverancia necesaria para conducir a buen fin esta lucha.

6. En este Año Mariano, por último, pedimos la paz. La lucha contra el mal y el pecado está dirigida a conseguir plenamente esa paz traída por Cristo Redentor, que brota de la cruz y de su sacrificio, y que se irradia desde la Eucaristía, realizándose en el ejercicio de la caridad fraterna y en el gusto por las cosas celestiales.

La paz es un don especial de Cristo y del Espíritu Santo.

El hombre de hoy se siente amenazado; la humanidad sabe que está en peligro: «En el horizonte de la civilización contemporánea —especialmente la más avanzada en sentido técnico-científico— los signos y señales de muerte han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes» (*Dominum et Vivificantem*, 57). Pero el Espíritu Santo, fuente de la vida y de la paz, está siempre preparado para venir en ayuda de nuestra debilidad, a sugerirnos el modo de superar tensiones, injusticias, conflictos: «Gemimos, sí, pero en una espera llena de indefectible esperanza, porque precisamente a este ser humano se ha acercado Dios, que es Espíritu/» (ib.).

Invoquemos, por tanto, más intensamente a este Espíritu en el Año Mariano que se está abriendo. Invoquémoslo preparándonos a recibirlo con corazón purificado y arrepentido, entregado a las obras de la justicia. «Nuestra difícil época tiene especial necesidad de oración» (ib., 65), y precisamente en la oración «el soplo de la vida divina, el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y se hace sentir» (ib.).

«¡A El, como Paráclito, como Espíritu de la verdad y del amor, se dirige el hombre que vive de la verdad y del amor, y que sin la fuente de la verdad y del amor no puede vivir... A El se dirige la Iglesia a lo largo e los intrincados caminos de la peregrinación del hombre sobre la tierra; y pide, de modo incesante, la rectitud de los actos humanos..., el gozo y

el consuelo..., la gracia de las virtudes, que merecen la gloria celeste..., la salvación eterna!' (ib., 67).

7. ¡María, Madre del Redentor y Madre nuestra, puerta del cielo y estrella del mar, socorre a tu pueblo que cae, pero que también anhela resurgir! Ven en ayuda de la Iglesia en este Año a ti dedicado: ilumina a tus hijos devotos, fortifica a los fieles dispersos por el mundo, llama a los alejados, convierte a quien vive prisionero del mal!

Y Tú, Espíritu Santo, sé para todos descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos; y danos tu gozo eterno. ¡Así sea!



# EL ESCAPULARIO DEL CARMEN

*Con ocasión del I Congreso Mariológico Internacional, tenido en Roma del 23 al 28 de octubre de 1950, el recordado Padre Bartolomé Xiberta tuvo una relación titulada «Sobre el sentido íntimo del Santo Escapulario de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo». La gran talla teológica del P. Xiberta unida a su profundo ser Carmelita imprimieron en aquella breve, pero densa relación todo lo que su corazón sentía hacia la Santísima Virgen y hacia la Orden a Ella consagrada. Con ocasión del Año Santo Mariano proclamado, por los años transcurridos desde que fue escrita la relación, creo oportuno ofrecer a toda la Familia Carmelita, la traducción en español de este precioso texto xibertiano, escrito originalmente en latín, que al mismo tiempo que suscite en los Carmelitas de hoy una renovada estima a la Devoción peculiar de la Orden expresada en el Santo Escapulario, sirva para honrar la Memoria de este insigne y santo Carmelita en el XX aniversario de su muerte ocurrida el 26 de julio de 1967.*

Roma 19 de marzo 1987

P. Jaime Andrade, O. Carm.

## **SOBRE EL SENTIDO INTIMO DEL SANTO ESCAPULARIO DE LA B. VIRGEN MARIA DEL MONTE CARMELO (\*)**

por el **P. Bartolomé Xiberta, O. Carm.**

Hace siete siglos, como la tradición nos transmite, encontrándose la Orden del Carmen en un grave peligro, la Bienaventurada Virgen María apareció a San Simón Stok, teniendo en sus benditas manos el santo Escapulario y diciéndole: «Esto será para ti y para todos los Carmelitas un Privilegio: que el que muera con él no padecerá el fuego eterno». Añadiéndosele posteriormente la promesa de la ayuda a las almas del Purgatorio, por el así llamado Privilegio Sabatino, de tal forma creció la devoción del Santo Escapulario del Carmen, que junto con el Santísimo Rosario, se convirtió en forma universal de piedad Mariana. Los fieles, en efecto, desde hace siglos visten el Escapulario por toda la redondez de la tierra. Y lo valoran, por una parte, como prenda de la especial protección de la Bienaventurada Virgen María, y por otra, como profesión de una piedad delicada hacia la misma Santísima

Virgen. De aquí que invoquen a la Sma. Virgen del Carmen y a Ella le dediquen templos, ciudades, grupos humanos y naciones enteras. Nuestros Sumos Pontífices han recomendado esta devoción de los fieles con su palabra y con su ejemplo.

La índole Mariana del Santo Escapulario va íntimamente unida a la índole de la Orden Carmelita: El Carmelo, en efecto, es todo Mariano. Gozando desde antiguo del singular título de la Bienaventurada Virgen María, la Orden Carmelita se titula efectivamente: «Orden de los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo». Esta es, en efecto, su Gloria y ésta es también su confianza. Como la Orden, también su hábito es todo Mariano, en virtud de la íntima conexión entre vestido y estado de vida.

Las grandes promesas de la Bienaventurada Virgen María son las que en una forma concreta y fácil de comprender para todos, proporcionan y

dan valor a esta devoción hacia la misma Santísima Virgen. Son, en efecto, la aplicación práctica, aprobada y recomendada por la Iglesia de aquel conocidísimo principio: ningún devoto de María perecerá eternamente, o también: la devoción a la Madre de Dios es signo de predestinación. El Santo Escapulario, proporcionando este valor en una forma tan concreta, infunde una gran confianza en la B.V. María, que con tanto esmero cuida a sus devotos y con tal poder, que bajo su patrocinio, pueden éstos abrigar una esperanza firmísima y hasta ilimitada de conseguir la salvación eterna.

Es cierto que la esperanza teológica no excluye del todo el temor proveniente de la fragilidad de la naturaleza humana; sin embargo, este temor muy saludable, viene compensado con la consideración de aquel motivo sobrenatural constituido por el poder, la misericordia y la fidelidad de la Sma. Virgen María.

La devoción pues del Sto. Escapulario tiene como presupuesto la singular trascendencia de la Madre de Dios, que colocada, privilegiadamente sobre todo lo creado, tiene en sus manos todas las cosas en la actual economía de la Salvación. Teniendo presente esta trascendencia de la maternidad divina, no es de admirar que a la devoción del Santo Escapulario se le confiaron tan grandes promesas sobrenaturales. Más bien sería incongruente lo contrario, al unirnos tan íntimamente a María mediante el Santo Escapulario, y hacerse Ella nuestra singular Patrona y Señora, Madre y Reina. Por lo que, inscritos entre los devotos de la B. Virgen María y colocados bajo la tutela de la Madre, no hemos de dudar un momento de nuestra Salvación eterna. Sólo hemos de procurar que, llevando el vestido de María hasta la muerte, perseveremos en su fe y servicio, poniendo fielmente en sus manos de omnipotencia suplicante la forma de concedernos Su ayuda.

Ciertamente que destruiría por completo el sentido de las promesas, quien pusiera su esperanza en llevarlo sólo exteriormente y creyéndose dispensado de cuidar su salvación «con temor y temblor». Invocamos la protección de la Sma. Virgen no para vernos libres de practicar las virtudes, sino para alcanzar la gracia de poder practicarlas; no por el hecho de carecer de la gracia hay que apartar a los pecadores de la devoción, lo mismo que la fe y la esperanza hay que cultivarlos siempre, más aún, fomentarlos, aun

antes de que la caridad se infunda. El Sto. Escapulario no es símbolo de cualquier devoción Mariana, sino de aquella perfecta devoción que se le debe a la Sma. Virgen, muy unida a la devoción de la religión, que es debida a Dios. En efecto el Santo Escapulario es el signo de una Orden, cuya vida se consagra de forma estable al servicio de Dios y de su Sma. Madre. Luego su imposición Canónica significa en la práctica la voluntad de consagrarse al Servicio de Dios y de su Santísima Madre.

En realidad de verdad es tan íntima la conexión que existe entre las propiedades de la devoción perfecta y las del Sto. Escapulario, que éste aparece como el símbolo más apto e ideal de aquélla. La Bienaventurada Virgen María, en cuanto digna Madre de Dios y asociada al Redentor como Madre espiritual, merece el culto de hyperdulia, que se expresa en forma verdadera con la consagración y oblación de sí mismo, permanente, total, íntima y filial. Estas propiedades de la consagración Mariana vienen significadas en forma perfectísima con el Santo Escapulario, que es más que un simple memorial, un distintivo o un signo de servidumbre; es un vestido que la Madre impone a los hijos y por la cual nos expresamos como hijos permanentemente, día y noche. Esta fuerza de significado de la consagración Mariana la ha adquirido, tanto por el largo uso de los siglos, bajo la mirada de nuestra Madre Iglesia, como principalmente por las grandes promesas con las cuales se ha constituido en signo de la especialísima protección de la Bienaventurada Virgen María.

Por lo que de forma tan propia Su Santidad Pío XII, en carta del 11 de febrero de 1950, recomendó el santo Escapulario como un medio para expresar e imprimir profundamente en el ánimo de los fieles, a los que había consagrado al Inmaculado Corazón de la Bienaventurada Virgen María, el sentido de la fidelidad. La consagración, en efecto, no consiste en una fórmula recitada algunas veces, sino principalmente en aquel íntimo sentido de servicio permanente para con la Sma. Virgen María y de total dependencia de Ella. Esto se obtiene perfectamente con el Smo. Escapulario, que como yugo dulce y suave, llevamos continuamente, día y noche sobre nosotros. Trayéndonos continuamente a la mente el recuerdo de María, fomenta el sentido nítimo de nuestra pertenencia a Ella y del pacto con Ella contraído, sintiéndonos así siempre protegidos.



Así el Santo Escapulario, vivificando la consagración a la Bienaventurada Virgen María, nos conduce como de la mano al mismo corazón del Cristianismo. A conseguir este efecto contribuye la misma sencillez del Santo Escapulario tan adaptable a todos los fieles, pero bajo cuya sencillez hay latente una profundidad; tanto más admirable cuanto es el hecho de que a algo tan simple vayan vinculados valores espirituales tan grandes.

Aún hay que notar en el Santo Escapulario algo importante: el hecho de que la vida eterna, apoyada en las promesas de la Sma. Virgen, imprime a nuestra existencia una orientación profundamente cristiana.

En esto consiste toda esencia del Cristianismo: el Evangelio o alegre noticia de la Salvación por Jesu Cristo, Hijo de Dios, que, venciendo la muerte nos abrió las puertas de la eternidad.

Por lo que junto con la fe y la caridad, hay que fomentar la esperanza, por la que fuimos salvados ,para que, pregustando la felicidad del mundo futuro, muertos a este mundo, vivamos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. Nuestra mente, pues, se dirige a apetecer lo celestial, cuando la protección que nos promete la Virgen María

mira no a los bienes de la tierra, sino a la salvación eterna.

Hay algo más, digno de notar, en el Santo Escapulario: es la nota de sobrenaturalidad y de la gratuidad de la salvación. Atribuyendo la salvación ante todo al patrocinio de la Santísima Virgen, el Santo Escapulario nos expresa óptimamente el carácter fundamental del cristianismo, en cuanto que es religión más de amor y de gracia que de justicia.

No es que excluya los méritos de las buenas obras, sino que de modo principal inculca la necesidad de la gracia, desde los comienzos de la salvación hasta aquel gran don de la perseverancia.

La devoción, pues, del Santo Escapulario, en cuanto que nos muestra la bondad de Dios y de su Santísima Madre para con nosotros, fomenta grandemente la esperanza; igualmente manifestando nuestra flaqueza y debilidad, fomenta por otra parte la humildad, por lo que, con toda propiedad, puede llamarse: la Devoción de la esperanza y de la humildad.

Esta es la razón del gran influjo de la devoción del Santo Escapulario en la salvación de las almas. Dado que la consecución de la salvación

depende de la perseverancia final, que por ley ordinaria Dios concede a la oración perseverante, humilde y confiada, se demuestra como el Sto. Escapulario, que conservamos sobre nosotros hasta la muerte, fomentando el sentido de compunción y de confianza en la intercesión de nuestra Madre María, nos ayude, en forma de oración constante, a conseguirla finalmente.

Por lo demás no comprenderá el sentido pleno de la devoción y de las promesas del Santo Escapulario, quien no perciba sus estímulos al ejercicio de las virtudes. Ya que asociándonos por la consagración a la vida de la Sma. Virgen María, nos amonesta continuamente a imitarla, especialmente en su inmaculada pureza, por la que fue predestinada desde toda la eternidad, a dar Dios al mundo y a conducir el mundo a Dios. Su misma forma material nos induce a la humildad, a evitar y despreciar el boato mundano, y a fomentar la vida interior.

Siendo tanta la conformidad de la devoción

del Sto. Escapulario con los principios de la vida cristiana, no hay que admirarse que atrajera con tanta fuerza el ánimo de los fieles, especialmente durante aquel tiempo en que los protestantes y jansenistas, bajo el pretexto de exaltar el culto a Cristo, y bajo el nombre de tradiciones antiguas reducían las expresiones de la piedad, no sin gran daño de las almas.

Precisamente durante aquel tiempo el Santo Escapulario fue asumido por todos como la expresión concreta de la devoción Mariana. De hecho la devoción del Santo Escapulario expresaba óptimamente la doctrina de la Iglesia acerca de la Sma. Virgen María y el culto especial que le era debido. De modo señalado demostraba la mediación universal de María.

Como en tiempos pasados, también hoy la devoción del Santo Escapulario constituye un medio óptimo para fomentar un espíritu verdaderamente cristiano, por el que, como hijos de una misma madre, y adornados con el mismo vestido nos tratemos con amor y benevolencia.

---

(\*) Título original: «De sensu intimo S. Scapularis B. Mariae Virginis de Monte Carmelo» P. Bartholomeus M. Xiberta, O. Carm. in «Atti del Congresso Mariologico Internazionale» (Roma 23-28 ottobre 1950 - vol. XII, pp. 59-63).

---

La consagración a María viene significada perfectamente con el Santo Escapulario, que es un vestido que la Madre impone a sus hijos, y por el cual nos proclamamos como hijos suyos permanentemente día y noche, trayendo continuamente a la memoria el recuerdo de María, el sentido íntimo de nuestra pertenencia a Ella, y el pacto con Ella contraído, sintiéndonos así siempre protegidos (P. Bartolomé Xiberta O. Carm.).

---

La devoción del Santo Escapulario, en cuanto que nos muestra la bondad de Dios y de su Santísima Madre para con nosotros, fomenta grandemente la esperanza; igualmente manifestando nuestra flaqueza y debilidad, fomenta por otra parte la humildad, por lo que, con toda propiedad, puede llamarse: la devoción de la esperanza y la humildad (P. Bartolomé Xiberta O. Carm.).

# EL ESCAPULARIO DEL CARMEN, SIMBOLO Y MEDIO DE LA CONSAGRACION A MARIA

P. Bartolomé Xiberta, O. Carm.

## ROSARIO Y ESCAPULARIO

En diciembre de 1938 el Excelentísimo Sr. Dr. Lemmens, Obispo de Roermond en Holanda, desde las columnas del «Boletín Oficial», exhortaba a sus diocesanos a vestir el Escapulario de María Santísima del Carmen y poner en pleno vigor esta antigua devoción.

Preparándose en 1939 para consagrar solemnemente su diócesis a María (consagración que tuvo lugar en 1940), con el fin de hacer permanentes los frutos de la consagración, **escogió las dos devociones marianas** por excelencia: El Rosario y el Escapulario. «El Escapulario —decía Su Excelencia, Dr. Lemmens—, es el símbolo más apto para mantener en nosotros siempre viva la conciencia de la consagración y para profundizar su significado».

Con esto, el piadoso Obispo ha hecho resaltar la característica más esencial del Escapulario del Carmen, aquella que manifiesta mejor el valor intrínseco y la función que el Escapulario está destinado a cumplir en la vida cristiana de los fieles. De hecho, Rosario y Escapulario se dividen entre sí los dos mayores aspectos de la devoción a María: homenaje y consagración. Así como el Rosario constituye el acto de homenaje por excelencia, también el Escapulario es el símbolo y el medio más apto de consagración.

Creemos, pues, muy conveniente profundizar esta idea para que los fieles aprecien bien el don de la Santísima Virgen y puedan obtener de él los mejores frutos.

## LA DEVOCION A MARIA

La devoción a María, sentida en toda su plenitud, no se limita a hacer a Ella algún homenaje en circunstancias determinadas; constituye, más bien, una dirección permanente de los afectos más íntimos del corazón cristiano. Ser devoto de María no significa hacer solamente una de las tantas prácticas piadosas, que se añaden libremente a la observancia de los preceptos de la vida cristiana; ser devoto de María comprende toda la persona, constituyendo una especie de carácter personal, que se enlaza al carácter personal de cristiano, del cual espontáneamente deriva. Por otra parte nosotros no esperamos de María solamente alguna gracia particular, sino una constante protección.

El verdadero devoto de María asume con Ella la posición del hijo con su madre: le ofrece todo su propio ser.

Estas propiedades de la devoción a María se compendian en una sola palabra: **consagración**, es decir, donación total y exclusiva, por la cual la persona o cosa consagrada pertenece toda a quien se consagra, no sólo en determinados momentos, sino permanentemente.

## LA CONSAGRACION A MARIA

La consagración se hace primariamente a Dios, porque la donación total y exclusiva pertenece al culto de adoración; pero subordinadamen-

te se hace también a María en cuanto que Ella es Madre de Dios, Corredentora del género humano. Medianera de todas las gracias, en una palabra, porque María ejercita una función universal en la economía de la gracia. Así la consagración entra también en el culto debido a la Santísima Virgen, que llamamos de hiperdulia.

Pues bien, así como en la vida espiritual interesa grandemente tener formas sensibles de culto, que interpreten y regulen adecuadamente las diversas funciones, es también obvio que entre las diversas prácticas de la devoción a María haya una que encarne el carácter de consagración. A este fin responde el Escapulario del Carmen.

La consagración, para que tenga una expresión concreta, requiere un signo de devoción permanente. El hecho mismo de consagrarse se expresará con una fórmula, que será después renovada en determinados tiempos; pero la consagración es ante todo un estado y un carácter, y éste es por naturaleza permanente. Las madres cristianas, acostumbradas a consagrar sus hijos a María después del bautismo, no están contentas sino cuando los ven puestos sensiblemente bajo la protección de María revistiéndolos con un objeto de devoción mariana.

## MEMORIAL DE CONSAGRACION

Estos símbolos sensibles de la consagración deben ser para el devoto de María un memorial que le renueve con frecuencia el pensamiento de la Madre y lo mueva a hacerle frecuentes actos de homenaje; un distintivo personal por el cual pueda ser reconocido como consagrado a María, en cada momento de su vida y sobre todo en la hora de la muerte, una señal de su donación a María y al mismo tiempo del amor y protección de Ella; y esto siempre, día y noche, solo y acompañado, en la vida y en la muerte; un vínculo de unión con María, aun cuando no se esté en estado de pensar actualmente en ello.

Ahora bien, entre los múltiples objetos que la piedad mariana ha asociado al culto de María, ninguno cumple todas estas funciones juntas, al menos ninguno tan adecuadamente como el ESCAPULARIO DEL CARMEN, memoriales para renovar con frecuencia el pensamiento de María son el Rosario, las imágenes, las medallas de la Virgen retenidas siempre con nosotros; pero memorial mu-

cho más eficaz es el Escapulario, hecho precisamente para vestirlo siempre; él está a cada momento con nosotros para amonestarnos que pertenecemos a María.

## MAS QUE UN MEMORIAL: DISTINTIVO

Y no es solamente memorial; es también distintivo personal, y entre los distintivos personales, el que expresa el carácter especial de la consagración a María.

Los distintivos que se llevan exteriormente —insignias, detentes— significan pública profesión de los sentimientos interiores y estimulan el ardor por la santa causa de la religión; pero la consagración a María tiene primariamente un carácter íntimo y personal. Así, el Escapulario es el distintivo que sella el carácter mariano de quien lo lleva; pero ante todo en la intimidad de la vida interior, en las relaciones personales con el Señor y su Madre Santísima. También puede ser insignia exterior, y, como tal, puede significar pública profesión de fe; pero esta función la cumplirá subordinadamente a una acción interior, y por lo mismo más eficazmente.

## MAS QUE DISTINTIVO: LIBREA; MAS QUE LIBREA: VESTIDO

Entre los distintivos personales ocupan un puesto preeminente las libreas, por el hecho de que, quien las lleva, es reconocido como perteneciente a una determinada familia. El Escapulario es la librea de María, más aún: es el vestido de María en el pleno sentido de la palabra.

De hecho la librea, siendo un vestido exterior, distingue la persona sólo en función de lo que ella misma indica y con subordinación a la obra de otro; por eso la librea no se da a los hijos sino a la servidumbre. Por contrario, el vestido, en su significado propio, tiende ante todo a cumplir una función en favor de quien lo viste, y sólo secundariamente es un distintivo exterior.

## EL ESCAPULARIO, VESTIDO, EL MEJOR SIMBOLO DE LA CONSAGRACION

Y, en cuanto cualidad de vestido, el Escapulario del Carmen es el símbolo más apto, es el mejor medio de la consagración.

De hecho, el vestido no sólo expresa la condición personal de quien lo lleva, sino también dice orden a una función materna. El hecho de una madre que viste a su propio hijo, o cede en dignidad y significado a ninguna otra función del amor materno. El momento en que la madre presenta al hijo un vestido nuevo, es ciertamente uno de los momentos más solemnes en la vida íntima de familia. Así, la predilección de Jacob por José se expresó concretamente en el vestido polimita; y la piedad cristiana, queriendo representarnos a Jesús en íntima unión con María, inspiró la idea de la túnica inconsútil, que María habría tejido para Jesús y que su Hijo Divino habría vestido hasta la cruz.

Un vestido, por tanto, será el mejor símbolo de la consagración a María, puesto que, si la consagración dice donación total por nuestra parte, dice aún infinito amor materno por parte de María.

#### **VESTIDO PRECISAMENTE DE MARIA**

El carácter de vestido de María está asegurado al Escapulario del Carmen por la historia. Como el significado de las palabras no se improvisa arbitrariamente, así no se improvisa la fuerza de los símbolos. Ahora bien, el Escapulario del Carmen, que es hábito mismo de la Orden del Carmen, reducido a una forma más cómoda para el uso de los fieles, cuenta siglos de vida carmelitana, esto es, de intensa vida mariana; y así como esta vida ha hecho que el Carmelo sea la Orden de María, ha convertido también el hábito del Carmelo en el vestido de María. El que viste el Escapulario se asocia a los innumerables religiosos y cofrades, que desde hace siglos han profe-

sado la más tierna devoción a María, tomando esta devoción como característica propia.

#### **EL ESCAPULARIO, VESTIDO DADO POR MARIA**

Y, sobre todo, está asegurado para el Escapulario el carácter de vestido de María, porque la misma Virgen ha hecho de él medio de su protección materna. Los fieles no reciben el Escapulario como una creación humana, sino propiamente como el vestido donado por la Madre Divina. Las dos grandes promesas anejas al Escapulario, junto a una historia siete veces secular de gracias y milagros, son la expresión concreta de la función materna de María.

Lo que el Escapulario promete y garantiza es precisamente lo que pueden esperar los que se dan totalmente a Ella y quieren vivir bajo su protección; así es que el que viste el Escapulario con fe en las grandes promesas de la perseverancia final y de la solícita liberación del purgatorio, mientras se entrega por completo a María, siente haberse puesto bajo la tutela de esta Madre de bondad y potencia inagotables.

#### **CONCLUSION**

Por todo esto, el Escapulario del Carmen queda por excelencia el símbolo y el medio de la consagración a María, bajo el doble aspecto de donación por parte nuestra y de protección materna por parte de la Virgen Santísima.

Que cada uno lea este significado en el Escapulario; y entonces este Escapulario no será una de tantas prácticas de devoción, sino que ocupará un lugar central en la vida interior de los fieles

---

«Recibe, hijo queridísimo, el Escapulario de tu Orden, signo de mi confraternidad, y privilegio para ti y para todos los Carmelitas: el que muera en él no sufrirá el fuego eterno; he aquí esta señal de salud, salud en los peligros, alianza de paz y de pacto sempiterno».

## Con motivo del VII Centenario del Escapulario del Carmen

# CARTA DE S. PIO XII

A LOS AMADOS HIJOS **KILIANO LYNCH**

Prior General de la Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo

y **SILVERIO DE SANTA TERESA**

Prepósito General de los Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo

Amados Hijos,

Salud y Bendición Apostólica.

Nadie ignora ciertamente de cuanta eficacia sea para avivar la fe católica y reformar las costumbres, el amor a la Santísima Virgen Madre de Dios, ejercitado principalmente mediante aquellas manifestaciones de devoción, que contribuyen en modo particular a iluminar las mentes con celestial doctrina, y a excitar las voluntades a la práctica de la vida cristiana. Entre éstas debe colocarse, ante todo, la devoción del Escapulario de los Carmelitas, que, por su misma sencillez al alcance de todos, y por los abundantes frutos de santificación que aporta, se halla extensamente divulgada entre los fieles cristianos, Por esta razón hemos recibido con gran alegría la noticia de que, con motivo del séptimo centenario de la institución del Escapulario de la Virgen Madre de Dios del Monte Carmelo, los Hermanos Carmelitas, así Calzados como Descalzos, han dispuesto de común acuerdo celebrar con gran fervor solemnes cultos religiosos en honor de la misma Bendita Virgen María. No sólo por Nuestro constante amor a la gran Madre de Dios, sino por haber pertenecido desde Nuestra infancia a la Cofradía del mismo Escapulario, aprobamos con sumo placer esas piadosas iniciativas, deseando para ellas abundantísimos favores de Dios.

Y, en verdad, no se trata de un asunto de poca importancia, sino de la consecución de la vida eterna en virtud de la promesa hecha, según la tradición, por la Santísima Virgen; se trata, en otras palabras, del más importante entre todos los negocios y del modo de llevarle a cabo con seguridad. Es, ciertamente, el Santo Escapulario una como librea mariana, prenda y señal de protección de la Madre de Dios. Mas no piensen los que visten esta librea que podrán conseguir la salvación abandonándose a la pereza y a la desidia espiritual, ya que el Apóstol nos advierte: «obrad vuestra salvación con temor y temblor» (Filip., 2, 12).

Todos los Carmelitas, por tanto, así los que militan en los claustros de la primera y segunda Orden, como los afiliados a la Tercera Orden regular o secular, y los asociados a las Cofradías que forman por un especial vínculo de amor una misma familia de la Santísima Madre, reconozcan en este memorial de la Virgen un espejo de humildad y castidad; vean en la forma sencilla de su hechura un compendio de modestia y candor; vean, sobre todo, en esta librea que visten día y noche, significada con simbolismo elocuente la oración con la cual invocan el

auxilio divino; reconozcan, por fin, en ella su consagración al Corazón sacratísimo de la Virgen Inmaculada, por Nos recientemente recomendada.

En tanto, como auspicio de divina protección y auxilio, y en prenda de Nuestra peculiar predilección damos a vosotros, Amados Hijos, y a toda la Orden de los Carmelitas, con grande afecto en el Señor, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de febrero, festividad de la Aparición de María Inmaculada, del año 1950, undécimo de Nuestro pontificado.

PIO PAPA XII



# Carta del M. R. P. Kiliano Lynch, Prior General de los Carmelitas de la antigua Observancia

## A LOS AMADOS EN EL SEÑOR PROVINCIALES, PRIORES, HERMANOS Y HERMANAS

Los Carmelitas, en todo tiempo y lugar, han considerado con sobrada razón al Santo Escapulario, que ya hace casi siete siglos la Santísima Virgen entregó a San Simón, como el mayor y mejor de todos los dones con que Ella ha favorecido tan generosamente a su Orden escogida.

Desde aquellos remotos tiempos que nuestro Padre San Elías vio aquella nubecilla que subía del mar, insigne como tipo de la Virgen, los hijos de los profetas han experimentado sin cesar el patrocinio de María. Pues nuestra sagrada Orden ha recibido fortaleza y decoro de Ella, cuya vestidua es fortaleza y decoro. Las Escrituras, no sólo llaman santo al monte de la Madre de Dios del Carmelo, de donde recibe el nombre, sino que nos lleva a él, y la Sagrada Liturgia nos lo presenta como figura y semejanza del reino de los cielos. Pues nuestra Santísima Madre, mirando a sus hijos, les promete: «Los llevaré a mi santo monte y los alegraré en la casa de mi oración». Además, nuestra Orden en esta tierra es toda Mariana, pues María es su espíritu, María es su vida. María es su gozo. No es, pues, de admirar que nuestra Santísima Madre humillara a los poderosos que pretendieron borrar de la faz de la tierra a su Orden predilecta. Contra sus enemigos se ha mostrado poderosa, y recordando esa su fuerza cantamos:

*Toma, le dices, este Escapulario  
traigo del cielo; de escudo y espada  
sirva; a su vista el hostil coraje  
pierde el averno.*

Así, pues, como en el Sábado Santo cantamos con la Iglesia: «¡Oh, feliz culpa que nos mereció tal y tan grande redentor!», del mismo modo podemos tributar nuestras alabanzas a nuestra Redentora, diciendo: «¡Oh, feliz persecución, que nos trajo tal y tan grande don!».

Del mismo modo como nuestra Santísima Madre envolvió con pañales y reclinó en un pesebre a su Hijo primogénito, nos cubrió con su vestido de salud y nos envolvió con vestidura de justicia, a fin de que fuera evidente a todos que nosotros éramos la progeñie bendita del Señor. Puesto que no sólo nos libró de todos los peligros, sino que, además, estableció con nosotros un pacto sempiterno de darnos toda clase de

bienes. Nos dio el Escapulario como señal de salvación de generación en generación para todos los que lo desean. Ella es la protectora de los que lo visten, y donde está el Escapulario, allí está su corazón, siempre vigilante, hasta que tenga a los hijos de su amor reunidos en el reino de los cielos. Don verdaderamente singular, por el cual nuestra Orden se distingue de las demás; señal verdaderamente peculiar del amor de nuestra divina Madre hasta nosotros. Con toda verdad, que esta Madre nunca defraudó estos ruegos de sus hijos: «Muestra que eres nuestra Madre».

Acercándose, pues, el séptimo centenario de la recepción, del don del Santo Escapulario de manos de nuestra tan pródiga Madre, nada más oportuno y noble para nuestra mente y corazón como manifestar los sentimientos de gratitud hacia tan grande Madre:

*Madre de Cristo, ¿cómo te daremos  
las merecidas gracias? Cada año,  
de este tu día a la vuelta, haremos  
fiesta solemne.*

Celebramos, pues, el jubileo del Santo Escapulario en acción de gracias. Alabemos a nuestra Santísima Madre, que nos ha dado tantos y tan grandes bienes. Nuestra celebración sea una alabanza cumplida, sonora, alegre, digna. Pues es digna de eterna recordación esta Madre, que nos reunió a los hijos de su amor bajo un título tan singular y nos dio los bienes más excelentes.

*«Santa Madre de Dios Gloria del Monte Carmelo  
A los que ostentan tu vestidura, adórnalos de tus virtudes,  
Y siempre defiéndelos, piadosa, de todos los peligros».*

Dada en Roma en nuestro Colegio de San Alberto, el día 28 de mayo, Pascua de Resurrección de 1948.

KILIANO LYNCH, Prior General  
General de los Carmelitas de la A. Observancia

*Azucena que brotas  
inmaculada  
y te yergues señora  
entre las zarzas;  
devuelve, Virgen,  
nuestra frágil arcilla  
a su alto origen.*

*Ponnos, nueva Judit,  
para la lucha  
tu santo Escapulario  
como armadura;  
con tu vestido  
cantaremos victoria del enemigo.*

*Bajo noches oscuras  
navega mi alma,  
enciende tú los rayos  
de la esperanza,  
y sé el lucero  
que lleve nuestra nave,  
segura al puerto.*

*Señora, desde siempre  
los carmelitas  
nos tenemos por hijos  
de tu familia,  
y confiamos  
que un día nos acojas  
en tu regazo.*

*María, Puerta y Llave  
del Paraíso,  
queremos desatarnos  
y estar con Cristo;  
si tú nos abres,  
reinaremos allí  
con tu Hijo, ¡Madre!*

# Carta del M. R. P. Silverio de Santa Teresa, Prepósito General de los Carmelitas Descalzos

## A NUESTROS AMADOS HIJOS, LOS RR.PP. PROVINCIALES Y DEMAS RELIGIOSOS DE NUESTRA SAGRADA ORDEN

Salud y bendición en el Señor.

Con ocasión de remitirnos la bellísima Carta que se ha dignado escribir Nuestro Santísimo Padre Pío XII, felizmente reinante, para conmemorar el VII Centenario de la entrega del Escapulario a San Simón Stock, nos parece oportuno dirigiros cuatro palabras de comentario y exhortaros a que por todos los medios deis a conocer este interesante mensaje de paz al pueblo cristiano, encareciendo esta dulce devoción mariana, una de las más extendidas en la Iglesia de Cristo, y que sirve a las almas de lenitivo a esta vida y de dulce esperanza para la otra.

A nosotros, los que vestimos el hábito de Nuestra Señora del Monte Carmelo, nos incumbe de un modo especial, una fecha tan memorable, trabajar entre los fieles cristianos con celo mariano, para que todos, si posible fuere, ostenten en sus pechos, con cariño y devoción profundos la gloriosa librea de la Reina del Carmelo, henchida de promesas trascendentales para esta vida y la futura y enriquecida con tantas gracias por los Sumos Pontífices.

No es fácil calcular los inmensos beneficios que durante estos setecientos años ha prodigado Nuestra Santísima Madre a sus devotos, mediante esta su librea predilecta; los siervos de Dios que se han valido de ella como medio de santificación; las personas innumerables que la han colgado de su pecho como escudo protector contra todos los peligros morales y materiales que nos salen al encuentro en este mundo; los que, cerrados a todo auxilio espiritual, poniendo en contingencia de salvación sus almas, se han reconciliado con Dios al permitir se les impusiese el Santo Escapulario en la hora de la muerte; el valor que ha infundido a millones de soldados cuando, antes de entrar en batalla, se fortalecían con esta coraza que, arrancándoles de cuajo el miedo a perder la vida, les infundía en el corazón un valor sobrehumano, garantía de victoria, al hacer de cada «miles Christi» un héroe de las buenas batallas, libradas por Jesucristo y su Iglesia.

Recordemos también, con el documento pontificio, que estas finezas de la Santísima Virgen no deberían servirnos para abusar de ellas, confiados en una seguridad atolondrada y peligrosa de salvación, que ofendería no poco a la Reina de los cielos y tierra, si, lejos de estimularnos con sus promesas a imitar sus virtudes en una vida integralmente cris-

tiana, según las obligaciones de cada uno, nos sirviésemos de ellas para llevarla lánguida y descuidada en el cumplimiento de nuestros deberes.

Semejante conducta significaría una aberración mental y una falta de respeto a la Madre de Dios —como si Ella pudiera ser amparadora o encubridora de vidas menos cristianas—, que merecería la indignación y reproche de la Gran Medianera de todas las gracias sobrenaturales que se conceden a los hombres. Los favores de María sólo se pagan con incremento de virtudes y fervores marianos. Por eso, el Escapulario debe ser para todo el que lo viste memorial continuo de vida cristiana ejemplar y espejo donde se reflejen sus virtudes al lado de las sublimes de la Virgen Santísima que intenta imitar.

Esperamos, por lo tanto, que, para responder a los deseos de Nuestro Santo Padre Pío XII, seremos todos pregoneros y propagadores del Santo Escapulario del Carmen, especialmente vosotros, amados hijos, que pertenecéis a la primera Orden, predicando sus privilegios y gracias con verdadera unción mariana y copiosa doctrina y sin exageraciones importunas que la deformen. El mismo espíritu de propaganda, dentro de sus respectivas condiciones, aconsejamos a nuestras Terceras Ordenes y a las Cofradías del Escapulario carmelitano. Todos debemos ser apóstoles celosos de la devoción a esta gloriosa prenda mariana, que siete siglos viene demostrando cuán grata le es a la Reina de los Angeles.

Será el obsequio más grato que podemos hacer durante el año centenario que intentamos celebrar en honor de Nuestra Madre Santísima del Monte Carmelo.

En prenda de que así habéis de proceder os damos a todos la bendición más cordial.

Buenos Aires 19 de marzo de 1950, festividad de Nuestro Padre San José.

FRAY SILVERIO DE SANTA TERESA  
Prepósito General de los Carmelitas Descalzos

---

«Tu cabeza como el Carmelo, y las trenzas de tu cabellera como la púrpura del Rey acanalada». Son palabras del Cantar de los Cantares, cap. 7, 5. El Carmelo es símbolo de la fecundidad y de la abundancia: **Decor Carmeli et Saron...** (1); **Exsiccatus est vertex Carmeli...** (2). Por eso A Lápide interpretó este texto de la Virgen Santísima: «La Virgen María es por Cristo «cabeza» de los fieles de la Iglesia produciéndolos, nutriéndolos, recreándolos, protegiéndolos como el Carmelo; por eso los primeros Carmelitas que hubo después de Cristo y que eran discípulos de Elías, tomaron por patrona a la Santísima Virgen y edificaron en su honor una iglesia en el monte Carmelo.

---

(1) Is. 35, 2.

(2) Amos 1, 2.

# LA EVOLUCION HISTORICA DE LA FIESTA DE LA VIRGEN DEL CARMEN

por HELENA COSTA

## 1. LA FIESTA EN LA ORDEN CARMELITANA

La historia de la fiesta del Carmen en su evolución a través de los siglos, se ha comparado a la historia del grano de mostaza del que nos habla Cristo en el Evangelio: «La más pequeña de todas las semillas, y que al crecer se convierte en un árbol, en cuyas ramas van a posarse y anidar las aves del cielo». Aparece nuestra fiesta en sus orígenes como simple Conmemoración anual de Santa María, conocida tan sólo por los Carmelitas de alguna que otra provincia, convirtiéndose más tarde en una solemne y universal fiesta mariana, celebrada con gran fe y entusiasmo.

La festividad de la conmemoración de la bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, es de origen inglés. Muy difícil es, sin embargo, por no decir imposible —debido a la gran penuria de documentos— el precisar el tiempo en que fue introduciéndose. Con certeza se sabe que al menos en la segunda mitad del siglo XV tal fiesta era ya universal.

Al principio no parece tuviera todavía la festividad la preponderancia o carácter de fiesta mayor de la Orden, sino que, a juzgar por cuanto de la misma afirman los más antiguos autores, venía a ser como una litúrgica conmemoración anual de la Santísima Virgen, que se celebraba con la mayor solemnidad que la conmemoración semanal o sabática de la Virgen.

Una vez esta fiesta adquirió en la Orden el carácter de una solemne conmemoración, por todas las gracias y beneficios que los frailes carmelitas habían recibido incesantemente de su particular Patrona, quedó ya definitivamente establecida y consolidada la ley de una continua evo-

lución de aquella fiesta hacia siempre una mayor solemnidad y grandeza.

En la segunda mitad del siglo XVI adquirió la fiesta tal evolución y crecimiento que toda la Orden del Carmen veía ya en ella su máxima festividad. Los carmelitas con ella hacían gala de veranear y obsequiar pública y oficialmente a la Santísima Virgen como a su especial Patrona y Madre amantísima, recordando con singulares muestras de profunda gratitud los tres máximos favores de Ella recibidos: el título de Hermanos suyos, el reconocimiento oficial de la Orden en Europa y el excelso don del Santo Escapulario. Contribuyó eficazmente a tal incremento el acentuado carácter que la Solemne Conmemoración adquirió por este tiempo como Fiesta del Hábito.

A tal evolución y carácter de la fiesta en el siglo XVI contribuyó sin duda la celeberrima bula **Ex clementi Sedis Apostolicae** de Clemente VII, del 12 de agosto de 1530, que inició toda una serie de documentos pontificales, no tan sólo aprobatorios, sino también laudatorios del Escapulario del Carmen.

La bula hizo declinar más tarde la controversia suscitada en la Universidad de Salamanca en 1569, hacia un ruidoso triunfo del mismo Escapulario, sirviendo igualmente de base y estímulo para la emanación del conocido decreto del Santo Oficio de 1613 que de una manera definitiva dejó consolidada la autenticidad y valor del Escapulario Carmelita con sus promesas y privilegios.

A finales del siglo XVI la fiesta de la solemne Conmemoración de la bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo celebróse en toda la orden Carmelitana con el esplendor y brillantez de Fiesta Mayor o Patronal.

No quedaba sino que, lo que desde hacía lustros era ya un hecho, se formulara en una declaración oficial y solemne, que por cierto no se hizo esperar. Así pues, el Prior General de los Padres de la Antigua Observancia, reunidos en capítulo general el año 1609, «propuso qué fiesta había que aceptar como principal y más solemne en toda la Orden», esperando que ellos dieran una respuesta en la siguiente sesión. A esta proposición los Padres Capitulares, después de larga reflexión, «respondieron con una unanimidad que la fiesta principal y preclara para todos los Carmelitas había de ser la de la Solemne Conmemoración de la Santísima Virgen María».

En el mismo año 1609, previa una revisión y aprobación del Cardenal Belarmino, fueron concedidas por la Sagrada Congregación a los Padres Descalzos —que habían aceptado el Breviario Romano— las lecciones para el segundo nocturno de la fiesta **Cum Sacra Pentecostes die**, en las que se reitera de una manera solemne la proclamación del Patronato de la Santísima Virgen para con la Orden, haciéndose al propio tiempo una apología del santo Escapulario, distintivo peculiar de la Orden de María en cuyo honor y Veneración se celebra la misma festividad.

Los escritores Carmelitas de la época cuentan la solemnidad y esplendor con que se celebraba la fiesta del Carmen en los conventos, con gran asistencia de pueblo fiel que era estimulado por la devoción a la Reina del Escapulario. El P. José Fornari O.C., en el siglo XVII, indicaba sobre la celebración de la fiesta que: «Entre todas las fiestas que suelen celebrarse en nuestras iglesias ocupa el primado la de la tercera dominica de julio». Y otro Padre por la nueva época escribía: «célebre es la solemnidad de la Santísima Virgen del Carmen, que se celebra a 16 de julio con gran piedad de los fieles y en su honor hay muchos que celebran además los miércoles de cada semana, absteniéndose incluso voluntariamente en este día de comer carne».

## 2. EXPANSION DE LA FIESTA FUERA DE LA ORDEN

Habiendo llegado la Fiesta del «Hábito» o «Escapulario» a su plena madurez dentro de la Orden, por su propia fuerza y vitalidad empezó a propagarse y extenderse por todas partes del mundo, donde el culto a la Virgen era sentido y vivido.

Los concedores de la historia de la liturgia latina explican que en el siglo XVII, no obstante los múltiples decretos del sagrado Concilio de Trento y las diversas bulas de los Romanos Pontífices, por las que se reserva a la Santa Sede toda la legislación en materia de liturgia, particularmente en lo tocante al culto de los Santos, se habían introducido todavía en diversas iglesias y diócesis algunas fiestas, oficios litúrgicos, misas, etc., con la sola aprobación o consentimiento del Ordinario.

Por lo que a la fiesta del Carmen, por ejemplo, se refiere, el año 1624 expresábase de la siguiente manera el Carmelita francés Tusano Foucher: «Aprobada por la Santa Sede (entendiéndose para los Carmelitas), esta fiesta se tiene en tal veneración en la Iglesia, que en algunos Reinos de Nápoles, y en algunas partes de la Sicilia y de España».

Por todo lo cual el 8 de abril de 1628, bajo el Pontificado de Urbano VIII —Papa empeñado en la más estrecha observancia de las leyes litúrgicas— se promulgó el decreto **contra abusos**, en el que entre otras cosas, se leía lo siguiente: «La sagrada Congregación de Ritos, a fin de hacer frente a los abusos que se han ido infiltrando en algunas partes, después de madura reflexión, ha tenido a bien decretar: «(...) 4) Que las misas que se han propagado, llamadas de San Gregorio, por los vivos y difuntos, de los 15 auxiliados y del Padre eterno, no aprobadas por esta Sagrada Congregación; y cualesquiera otras, exceptuando las que han sido permitidas tan sólo a los Regulares, como la del Rosario, de Santa María del Carmelo y otras; como también los oficios aprobados por esta misma Congregación, los declara prohibidos, los rechaza y condena respectivamente, queriendo en consecuencia se tengan todos como prohibidos, rechazados y condenados». La Misa de la Virgen del Carmen se había, por tanto, celebrado fuera de la Orden sin licencia. El documento sólo lo permitía para la Orden.

No obstante, la fiesta de la Solemne Conmemoración de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo, por su propia fecundidad y fuerza iba creciendo por días, propagándose por las diversas regiones del orbe católico, donde se celebraba ya por voluntad y deseo de los pueblos.

En el archivo general de la Orden se conserva el siguiente documento sobre la celebración de la fiesta en Mallorca en aquellos tiempos. Dice así textualmente: «La devoción del Santo Escapulario

está tan en su punto, que apenas hay en la ciudad quien no le vista, y con consentimiento de toda la isla (movida de los continuos milagros, que cada día se veían y ven de nuestro Santo Hábito) es fiesta de guardar la Conmemoración de Nuestra Señora del Carmen, el 16 de julio, en el cual día van no sólo toda la ciudad, más aún de los lugares y villas, con tanta abundancia, que causa espanto, y es una de las más solemnes fiestas que se hacen en toda la isla, adornando todos los años los claustros de rica tapicería, y famosos cuadros, que parecen un traslado del cielo».

En la segunda mitad del siglo XVII, habiendo llegado a feliz término el período de espontánea difusión, la fiesta del Carmen viene ya largamente concedida por la Santa Sede a diversos reinos y naciones preparándose próximamente al camino para que fuera extendida a la Iglesia universal. Se concedió en primer lugar a España en 1674.

El siguiente año 1675, a súplicas del emperador Leopoldo I, el Papa Clemente concedía la fiesta a semejanza de la concesión hecha a España a todas «las provincias hereditarias del Augustísimo Emperador, cuales son: los reinos de Hungría, Bohemia, Dalmacia, Croacia, Carintia y Carniola; el marquesado de Moravia y condado de Tirol, Goricia con todas las provincias sujetas al Augustísimo Emperador».

A semejanza igualmente de la mencionada concesión hecha a España, la fiesta del Carmen fue sucesivamente concedido bajo el pontificado de Inocencio XI a los siguientes estados: a Portugal y dominio, en 1679 a Etruria y Génova, en 1682 a Parma juntamente con las diócesis de Plasencia y Burgo de San Domingo, en 1683, a Sabaudia y República de Luca a semejanza de la concesión hecha a diversas partes del mundo, se dice en este decreto en 1684, y por último dentro del pontificado de Clemente XI al Reino de Polonia en 1704.

Adaptaron también la fiesta los católicos orientales del rito Caldaico, con el título de «la fiesta del hábito de la Virgen María del Monte Carmelo» y finalmente los Maronitas del monte Libano, que la celebran con extraordinaria solemnidad con un hermoso oficio propio y guardándola como fiesta de precepto.

### 3. DIFUSION UNIVERSAL

Ninguna fuerza parecía que podía impedir que la fiesta y Oficio del Santísimo Escapulario, con solemnes y reiteradas aprobaciones de la Santa Sede se propagara por doquier. De tal manera que a principios del siglo XIII se puede decir que la festividad del Carmen era ya de hecho celebrada en todo el mundo católico, no faltando sino una oficial inserción en el calendario litúrgico de la iglesia universal que, por cierto, no se hizo esperar.

El Papa Benedicto XIII la había concedido en 1725 a sus Estados Pontificios y el mismo romano pontífice con una bula promulga el 24 de septiembre del siguiente año la extensión a toda la cristiandad con rito de doble mayor y con la misma oración y lecciones litúrgicas para el segundo nocturno que desde el siglo anterior rezaban ya los religiosos carmelitas.

Plena por lo tanto y definitiva fue la victoria que en este siglo, el de la Ilustración, reportó la excelsa Madre de Dios Patrona de los Carmelitas, extendiendo la Fiesta por las cuatro partes del mundo, como un mensaje de salvación de amor y de paz.

La Virgen del Carmen es actualmente reconocida y venerada en su día por especial patrona por las repúblicas de Chile, Bolivia, Colombia..., por la marina española y por toda una multitud de diócesis, ciudades e iglesias cuyo solo catálogo bastaría para rellenar las páginas todas de esta nuestra Revista...

Si consideramos además las diversas manifestaciones de piedad que el 16 de julio, se presencian en una multitud de pueblos, se comprende que no se haya exagerado al comparar la historia de la fiesta del Carmen, en su evolución a través de los siglos, a la parábola del grano de mostaza pequeño, si, en un principio, empero tan grande después, que llega a convertirse en un frondoso árbol que extiende sus ramas por todo el mundo, a donde van a posarse y cobijarse las almas todas de los creyentes y devotos de María y de su bendito Escapulario.

# El Escapulario del Carmen y el Privilegio Sabatino en la Liturgia de la Iglesia

Enemigos de la Orden Carmelitana en Francia pusieron en duda la autenticidad de las apariciones de la Virgen María a San Simón Stok y la entrega de su Escapulario, cuestionando también la Bula del Papa Juan XXII en que refiere cómo le manifestó la Reina del Cielo su amor a los carmelitas asegurándole que no permitiría que los observantes de su Regla permanecieran en el purgatorio más allá del primer sábado después de su muerte, que por eso se le llamó Privilegio Sabatino.

La controversia se sometió al definitivo juicio de Roma. Del Decreto de Paulo V de 1615 las glorias carmelitanas del Escapulario y el Privilegio Sabatino salieron fortalecidas con el sólido fundamento doctrinal con que fueron proclamadas. La Congregación Romana encomendó su estudio al famoso Cardenal Belarmino, insigne teólogo, a cuya pluma se deben las lecciones del segundo nocturno del rezo del Breviario de la Fiesta de la Virgen del Carmen, que sustituyendo a las antiguas, proclaman en la oración de la Iglesia la revelación de San Simón Stok y el contenido de la Bula de Juan XXII. El texto del Breviario dice así:

*«Nos visitó la Madre de Dios con vestidura de salud: y nos rodeó con hábito de justicia».*

Resp. 1, 2, 3, del 1 Noct. del Oficio de la SS. Virgen del Carmen; en Escolá 800.

*«Como en el día sagrado de Pentecostés hablaban los Apóstoles varias lenguas, por inspiración celestial..., muchos varones... abrazaron la fe del Evangelio, y de tal manera empezaron a venerar con singular afecto a la SS. Virgen, de cuyos coloquios y familiaridad gozaban, que antes que nadie erigieron una ermita a la Virgen purísima en el lugar del monte Carmelo en que Elías vio ascender la nubecilla, tipo insigne de la Virgen María».*

Brev. Rom. Lec. 4.

En la Lección 5.<sup>a</sup> se hace mención del Escapulario:

*«No fue sólo el nombre y la tutela lo que la Virgen bondadosa dio, sino también el santo Escapulario, que entregó a San Simón de Inglaterra, para que por esta vestidura fuese reconocida aquella Orden, y protegida de los males que le sobreviniesen».*

*«No sólo en este mundo distinguió con muchas prerrogativas la Santísima Virgen a esta Orden que le es tan querida, sino que también en el otro (toda vez que el poder y misericordia en todas partes tiene estupendo valor) a sus hijos asociados en la cofradía del escapulario, que hayan cumplido con una abstinencia módica, hayan rezado las pocas preces que se ordenan y hayan guardado castidad conforme a su estado, con espíritu verdaderamente maternal, según piadosa creencia, los consuela mientras están en el purgatorio, y con su intercesión logra que cuanto antes vayan a la patria celestial».*

Brev. Rom., Lec. 6.

**Día 30 de marzo de 1987, con motivo de la beatificación de las tres carmelitas descalzas de Guadalajara**

HOMILIA PRONUNCIADA POR EL SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE BARCELONA MONS. NARCISO JUBANY, EN LA CELEBRACION DE LA EUCARISTIA EN LA BASILICA ROMANA DE SANTA MARIA LA MAYOR DE ROMA

## **EL MARTIRIO PERTENECE A LA MISMA ESENCIA DE LA IDENTIDAD CRISTIANA**

Ayer solemnemente el Papa Juan Pablo II beatificó a tres carmelitas descalzas del convento de S. José de Guadalajara. Eran vírgenes por su entrega total a Dios con un corazón indiviso; fueron también mártires, porque murieron vilmente asesinadas por la única razón de «ser monjas». ¡Qué coronas más bellas a los ojos de Dios! La del amor virginal y la del amor martirial. Ahora forman parte del cortejo de aquellos que «siguen a Cordero doquiera que vaya; fueron rescatadas de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (Ap. 14, 4).

Aquella tarde del 24 de julio de 1936, fue manchada de sangre una de las calles de Guadalajara, mientras azotaba toda España un terrible huracán de odios y venganzas. Tres carmelitas, huidas de su convento, temiendo fundamentalmente por su vida, fueron asesinadas en plena calle. La sentencia de muerte, fueron estas palabras de los asesinos: «Tiradlas, que son monjas». La primera que cayó fue la Hna. María Angeles; tenía 31 años. La segunda, rematada en la otra orilla de la calle, era la Hna. Pilar; tenía 58 años. La más joven, la Hna. Teresa del Niño Jesús, de 27 años, pasó la angustia de un intento de seducción antes de recibir los disparos que acabaron con su vida.

Como dice el libro de la Sabiduría, «a los ojos de los insensatos pareció que morían y su trán-

sito se miró como una desgracia. Y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros; mas ellos, a la verdad, reposan en paz. Y si delante de los hombres han padecido tormento, su esperanza está llena de inmortalidad» (3,1-9). En la historia humana existe un gran misterio: es el de la persecución del mal contra el bien. Jesucristo fue víctima de ello. Así se comprende su profecía hecha a sus discípulos. «Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros» (Io. 15,22).

El martirio pertenece a la misma esencia de la identidad cristiana. Sin él la Iglesia no existiría. Por esto, un gran teólogo moderno ha recordado que el martirio es el caso más serio de la fe cristiana; es la perspectiva siempre abierta para la Iglesia. El Concilio Vaticano II lo recordó muy oportunamente (cf. LG. 42, DH. 14). El misterio de la persecución hace que la perversidad humana aborrezca a todos aquellos que tienen estampado el nombre de Dios en su vida. El martirio de nuestras carmelitas mártires es un episodio de una lucha eterna. Los maestros del ateísmo se burlan de Dios y de la Iglesia y con los asesinatos, los incendios y toda clase de violaciones de la libertad religiosa, se esfuerzan en borrar el nombre de Dios de la vida de los hombres y de la sociedad.

Nuestras mártires murieron perdonando a sus

asesinos y gritando «Viva Cristo Rey». Era la manifestación actualizada de un sentimiento profundo de aceptación del martirio. Ellas son las grandes heroínas del espíritu, las que ocupan el primer lugar en la jerarquía del amor: una jerarquía que comienza en el mismo Dios; que es el sumo Amor. Son ellas las que hacen la más grande y más espléndida confesión de la fe cristiana. Perseguidas por la verdad, amaron más la verdad de su fe que su propia vida. Así cumplieron aquellas palabras de San Pablo. Ni la muerte «podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo Nuestro Señor» (Rom. 8, 38-39). «Si nos llevan al martirio —había dicho días antes la Hna. Pilar— iremos cantando, como nuestras hermanas de Compiègne».

La fuerza del martirio es grande. La violencia de los perseguidores no llega a destruir ni la fe ni el amor de quienes han sido llamados a dar el testimonio de su propia vida. Su confesión, potente y vigorosa, se convierte en semilla de cristianos. Por esto Tertuliano, dirigiéndose a los perseguidores de los primeros siglos de la historia del cristianismo, decía: «cada vez que nos matan, nos hacemos más numerosos: la sangre de los cristianos es una semilla» (Apol. 50). Por su parte, Jesús ya lo había profetizado: si el grano de trigo después de echado en la tierra, muere, produce mucho fruto (cf. Io. 12, 24).

En nuestro caso, la semilla había sido plantada en nuestras tierras de España, en ese convento de carmelitas descalzas de Guadalajara. El Espíritu infundió vida y crecimiento. Su muerte fue la eclosión maravillosa de unas flores, rojas de sangre. La Hna. María Angeles tenía conciencia de la acción del Espíritu en el acto sublime del martirio: «yo no soy digna de tal gracia —decía— Hay que alcanzarla con la fidelidad de las cosas pequeñas».

Pero he aquí estas preguntas: ¿A qué fueron al convento aquellas tres religiosas, en plena juventud? ¿Qué es lo que buscaban en una vida escondida en el anonimato, encerradas tras las rejas de la clausura? ¿Para qué servía una vida así, renunciando a los amores humanos más legítimos? Nuestra sociedad secularizada no entiende este fenómeno. La carmelita vive su ascensión hacia Dios para ofrecerle totalmente su espíritu y su corazón. Se abandona a la acción del Amado, que la transforma en él, mientras la prepara para la contemplación eterna. Nuestras carmelitas descalzas respondieron generosamente que «sí» a la

llamada de Dios; aquel día que él alargó su mano y las tocó. Cuando Dios toca con su mano y llama con su voz un alma, hace saltar de las entrañas torrentes de amor. El silencio, la oración y la penitencia constituyeron el marco indispensable para su orientación existencial hacia Dios, que fue única y permanente a un mismo tiempo. Durante los años de su vida claustral, nuestras carmelitas jamás se preguntaron si eran obsoletas sus penitencias o eran violados sus derechos como personas humanas; no fue nunca obstáculo para su plena realización una obediencia detallada y meticulosa a los superiores; no les pasó por la mente la necesidad de una mitigación de la «reforma teresiana», como exigencia de tiempos nuevos.

Entradas en el convento por amor y siendo su vocación amar con la totalidad de su corazón al Esposo, nuestras carmelitas vivieron el secreto simplicísimo de agradarle en todas las cosas, por pequeñas que fueran. Entonces se comprende que la paz y la confianza más plenas llenaron su espíritu; que la sonrisa se hiciera fácil y suave; que su inmolación se tornara gozosa y tranquila; que el trabajo se convirtiera en esperanza y el dolor, en alegría.

La espiritualidad de la carmelita descalza posee una misteriosa fecundidad: vive «la pasión de meter el fuego de Dios en las entrañas del mundo»; vive «la locura de amor por todos los hombres». Ella ha encontrado su puesto en el corazón de la Iglesia. Sus deseos son inmensos. Por esto su fecundidad sólo se explica por la paradoja del amor escondido, pero real y heroico. El mismo que Jesucristo manifestó en la cruz. ¡El gran escándalo de todos los tiempos! El testimonio de la carmelita descalza es «realmente singular», aunque tan desconocido e incomprensido.

El Papa. dijo a las religiosas contemplativas de Avila, en su viaje a España del año 1982: «El mundo necesita más de lo que a veces cree, vuestra presencia y vuestro testimonio». Verdaderamente necesitamos testigos como lo fueron nuestras carmelitas mártires de Guadalajara. Porque el secularismo ambiental y el libertinaje sin frenos nos ahogan; porque la religiosidad de nuestro pueblo se apaga; porque la mediocridad de la vida cristiana se está haciendo endémica; porque el amor frecuentemente se extingue por culpa del individualismo y el egoísmo; porque el heroísmo de la vida consagrada es mirado como cosa de otros tiempos. ¿Para qué seguir?

El testimonio de nuestras mártires fue fragua-

do en el silencio y en la plegaria del Carmelo teresiano. Ellas son fermento de renovación en la Iglesia de hoy. Una iglesia que debe ser, antes que la «Iglesia del diálogo», la gran «Iglesia del testimonio de la vida evangélica». Nuestros tiempos son «recios» como decía Santa Teresa del suyo. La gran reforma del Carmelo tenía ante sí la gran tragedia de la escisión religiosa de Europa a causa de la reforma protestante y palpaba la fuerza del paganismo, en unos momentos que la Iglesia católica necesitaba una verdadera y auténtica reforma. Por esto se empeñó en la labor ímproba y difícilísima de reformar el Carmelo. ¿Por qué? Escribe la Santa: «Estáse el mundo ardiendo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios; quieren poner su Iglesia por los suelos ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo?» (Camino de Perfección, Cap. 1, n. 5).

Es muy posible que, en los momentos actuales esté en juego la permanencia de la reforma teresiana en los carmelos femeninos. ¿No sería oportuno reflexionar sobre la providencialidad de la beatificación de nuestras carmelitas? Hay aquí un claro signo de una asistencia peculiar del Espíritu Santo, ese «viento que sopla donde quiere y tú no sabes de dónde sale o a dónde va», como decía Jesús a Nicodemo (Io. 3, 8). Porque, ¿no dice nada ese número de carmelitas descalzas elevadas a los altares durante los últimos cien años? Hay que mencionar, entre las más conocidas, a

Sta. Teresa de Lisieux, a la beata Isabel de la Trinidad, a nuestras tres carmelitas de Guadalajara y a Edith Stein dentro de pocas semanas. Todas ellas vivieron en la más estricta observancia de la austera reforma de Sta. Teresa.

Pidamos al Señor que conserve a nuestras carmelitas descalzas en la reforma teresiana, como desea el Papa. ¡Las necesitamos! Porque necesitamos su peculiar testimonio, su presencia en un mundo «ahogado por la excesiva valoración de lo material, de lo transitorio, de lo que ignora el gozo del espíritu», según palabras del Papa. Porque necesitamos que ellas, con su vida de holocausto, con su martirio incruento, nos ayuden de veras a entender lo divino, lo trascendente, los valores del Evangelio.

Que nuestras carmelitas mártires intercedan ante el Señor para que nuestro país vuelva a ser, con renovado espíritu y mayor fortaleza, aquella España que engendró en la fe a todo un continente. Que se acuerden de orar para que los miembros de la Iglesia, sin excepción de ninguna clase —obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas, esposos y padres, jóvenes y ancianos, laicos todos— sepamos aprender esta lección del Concilio Vaticano II: «Si el martirio es un don concedido a pocos, sin embargo todos debemos estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG. 42).

Así sea.

QUE EL ROSARIO VUELVA A SER LA PLEGARIA HABITUAL  
DE AQUELLA IGLESIA DOMESTICA QUE ES LA FAMILIA  
CRISTIANA

(Juan Pablo II, 6 de junio de 1987)

# Himno Akathistos:

## Canto Litúrgico Mariano

*El himno «Akathistos» a la Madre de Dios es el poema mariano más célebre de la Iglesia bizantina y de la Iglesia de todos los tiempos, obra maestra de literatura y de teología, altísima expresión contemplativa y laudativa del culto a la Virgen Madre.*

*Ha brotado más que de la mente de un sabio, del corazón de la Iglesia, y no tiene nombre ni título propio: el nombre se lo ha dado la Iglesia, un nombre singular que es a la vez un mandato para los fieles: «Akathistos», que significa «estando en pie»; es decir, un himno que, como el Evangelio, debe ser cantado y escuchado «estando de pie», como signo incluso exterior de atención revente.*

*Métrica, ritmo, poesía, teología, elevación espiritual se funden en él; y no se sabe qué es lo que más se debe admirar, si la belleza externa o su aliento interior.*

*La estructura métrica del texto original es de una precisión que raya en lo inverosímil: un perfecto trazado en las estrofas, una fina compostura en los versos, predispuestos los acentos, numeradas las sílabas, fijadas las pausas: un perfecto entramado, que no se puede tocar impunemente, sin que lo note el experto.*

*Si miramos ahora la estructura temática, el himno queda configurado en dos grandes escenarios: el primero escenifica la narración evangélica, desde la Anunciación al encuentro con Simeón en el templo; el segundo, los artículos fundamentales de la fe que se refieren a María: vida virginal - concepción virginal - divina maternidad - parto virginal - perpetua virginidad - presencia eclesial - mediación actual: un verdadero compendio de doctrina mariana.*

*Las estrofas van alternando cuadros marianos y temas cristológicos, fundiendo a la vez el Hijo y la Madre unas prorrumpen en aclamaciones a la Virgen, otras se cierran aclamando al Señor. Todas comienzan con la presentación de un hecho o de un tema que fija la mente sobre un misterio. Las estrofas marianas —las impares— prolongan después la contemplación, hecha voz, en un subseguirse a coros alternados, y en forma binaria, de sentencias concisas, de aserciones lapidarias, de imágenes vivas sacadas de las divinas Escrituras y de toda la creación para comentar los temas propuestos, y se cierran con una espontánea y solemne oración: Salve ¡Virgen y Esposa!*

*El himno tiene 24 oikoi o estrofas, que empieza cada una con una letra del alfabeto griego. Consta, además, de una estrofa de introducción y una invocación final.*

*¿Quién es el autor de este espléndido himno, compuesto con toda seguridad hacia finales del siglo V? Ciertamente, un gran poeta. Un teólogo insigne. Un contemplativo consumado. Tan grande que ha sabido traducir en síntesis orante la fe que la Iglesia profesa, tan humilde que ha querido desaparecer en el anonimato. Su nombre lo conoce Dios, el mundo lo ignora.*

*Se notará el sistema adoptado: es la contemplación de los misterios de María, evocados cada uno por una antífona y después estallan en alabanzas. Dicho de otra manera, es la realidad misma de nuestro Rosario. Al mismo tiempo, gracias a la variedad de estas aclamaciones, es una serie de letanías.*

*En cuanto a los sentimientos expresados, es necesario hacer notar cómo esta gran devoción es viril y recia, sin ninguna vulgar afectación.*

*Desde el principio del siglo VI la Iglesia bizantino-eslava, ortodoxa y católica, lo consideran como una interpretación auténtica de su espiritualidad secular mariana y como la expresión más alta de su amor a la Virgen; por eso celebra en el año litúrgico su fiesta solemne (el quinto sábado de cuaresma); lo canta en muchas ocasiones; lo recomienda siempre a los fieles.*

## PARTE HISTORICA (Episodios evangélicos)

1. — Un arcángel excelso / fue enviado del cielo / a decir «Dios te salve» a María. / Contemplándote, oh Dios, hecho hombre / por virtud de su angélico anuncio, / extasiado quedó ante la Virgen, / y así le cantaba:

Salve, por ti resplandece la dicha; Salve, por ti se eclipsa la pena. // Salve, levantas a Adán, el caído; Salve, rescatas el llanto de Eva. // Salve, oh cima encumbrada / a la gente del hombre; / Salve, abismo insondable a los ojos del ángel. // Salve, tú eres de veras el trono del Rey; / Salve, tú llevas en ti al que todo sostiene. // Salve, lucero que el Sol nos anuncia; // Salve regazo del Dios que se encarna. // Salve, por ti la creación se renueva, / Salve, por ti el Creador nace niño. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

2. — Conociendo la Santa / que era a Dios consagrada, / al arcángel Gabriel le decía: / «Tu mensaje es arcano a mi oído / y difícil resulta a mi alma; / insinúas de Virgen el parto, / exclamando: ¡Aleluya!».

3. — Deseaba la Virgen / comprender el misterio / y al heraldo divino pregunta: / «¿Podrá dar a luz criatura / una Virgen? Responde, te ruego». / Reverente Gabriel contestaba, / y así

le cantaba:

Salve, tú guía al eterno consejo; / Salve, tú prenda de arcano misterio. // Salve, milagro primero de Cristo; / Salve, compendio de todos los dogmas. // Salve, celeste escalera que Dios ha bajado; / Salve, oh puente que llevas los hombres al cielo. // Salve, de angélicos coros solemne portento; / Salve, de turba infernal lastimero flageo; // Salve, inefable, la Luz alumbraste; / Salve, a ninguno dijiste el secreto. // Salve, del docto rebasas la ciencia, / Salve, del fiel iluminas la mente. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

4. — La virtud de lo Alto / la cubrió con su sombra / e hizo Madre a la Esposa Inviolada. / Aquel seno por Dios fecundado / germinó como fértil arada / para todo el que busca la gracia / y aclama: ¡Aleluya!

5. — Con el Niño en su seno / presurosa María, / a su prima Isabel visitaba. / El pequeño en el seno materno / exultó al oír el saludo, / y con saltos, cual cantos de gozo, / a la Madre aclamaba.

Salve, oh tallo del verde Retoño, / Salve, oh rama del Fruto incorrupto. // Salve, al pío Arador tú cultivas; / Salve, tú plantas quien planta la vida. // Salve, oh campo fecundo de gracias copiosas; / Salve, oh mesa repleta de dones di-

vinos. // Salve, un Prado germinas de toda delicia / Salve, al alma preparas Asilo seguro. // Salve, incienso de grata plegaria, / Salve, ofrenda que el mundo concilia. // Salve, clemencia de Dios para el hombre; / Salve; del hombre con Dios confianza. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

6. — Con la mente en tumulto, / inundado de dudas, / el prudente José se debate. / Te conoce cual Virgen intacta; / desposorios secretos sospecha. / Al saber que es acción del Espíritu, / Exclama: ¡Aleluya!

7. — Los pastores oyeron / los angélicos coros / que al Señor hecho hombre cantaban. / Para ver al Pastor van corriendo; / un Cordero inocente contemplan / que del pecho materno se nutre, / y a la Virgen le cantan:

Salve, Nutriz del Pastor y Cordero; Salve, aprisco de fieles rebaños. // Salve, barrera a las fieras hostiles; Salve, ingreso que da al Paraíso. // Salve, por ti con la tierra / exultan los cielos; / Salve, por ti con los cielos se alegra la tierra. // Salve, de Apóstoles boca / que nunca enmudece, / Salve, de Mártires fuerza / que nadie somete. // Salve, de fe inconcluso cimienta; / Salve, fulgente estandarte de gracia. // Salve, por ti es despojado el averno, / Salve, por ti revestimos la gloria. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

8. — Observando la estrella / que hacia Dios los guiaba, / sus fulgores siguieron los magos. / Era antorcha segura en su ruta; / los condujo ante el Rey Poderoso. / Al llegar hasta el Inalcanzable, / le cantan: ¡Aleluya!

9. — Contemplaron los magos / entre brazos maternos / al que al hombre plasmó con sus manos, / Comprendieron que era él su Señor, / a pesar de su forma de esclavo; / presurosos le ofrecen sus dones / y a la Madre proclaman:

Salve, oh Madre del Sol sin ocaso; / Salve aurora del místico Día. // Salve, tú apagas hogueras de errores; / Salve, Dios Trino al creyente revelas, // Salve, derribas del trono / al tirano enemigo; / Salve, nos muestras a Cristo / el Señor y el Amigo. // Salve, nos has liberado / de bárbaros ritos; / Salve, nos has redimido / de acciones de barro. // Salve, destruyes el culto del fuego; / Salve, extingues las llamas del vicio. // Salve, camino a la santa templanza, / Salve, alegría de todas las gentes. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

10. — Portadores y heraldos / de Dios eran los magos / de regreso, allá en Babilonia. / Se cumplía el oráculo antiguo / cuando a todos hablaban de Cristo, / sin pensar en el necio de He-

rodes / que no canta: ¡Aleluya!

11. — El Egipto iluminas / con la luz verdadera / persiguiendo el error tenebroso. / A tu paso caían los dioses, / no pudiendo, Señor, soportarte; / y los hombres, salvados de engaño, / a la Virgen aclaman:

Salve, levantas el género humano; / Salve, humillas a todo el infierno. // Salve, conculcas engaños y errores; / Salve, impugnas del ídolo el fraude. // Salve, oh mar que sumerge / al cruel enemigo; / Salve, oh roca do beben / sedientos de Vida. // Salve, columna de fuego / que guía en tinieblas; / Salve, amplísima nube / que cubres el mundo. // Salve, nos distes el Maná verdadero; / Salve, oh tierra por Dios prometida, / Salve, en ti fluyen la miel y la leche. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

12. — Simeón el anciano, / al final de sus días, / de este mundo dejaba la sombra. / Presentado le fuiste cual niño, / mas, al verte cual Dios poderoso, / admiró el arcano designio / y gritaba: ¡Aleluya!

#### PARTE DOGMATICA (Misterios de la fe)

13. — Renovó el Excelso / de este mundo las leyes / cuando vino a habitar en la tierra. / Germinando en un seno incorrupto / lo conserva intacto cual era. / Asombrados por este prodigio / a la Santa cantamos:

Salve, azucena de intacta belleza. / Salve, corona de noble firmeza. // Salve, la suerte futura revelas; / Salve, la angélica vida desvelas. // Salve, frutal exquisito / que nutre a los fieles; / Salve, ramaje frondoso / que a todos cobija. // Salve, llevaste en el seno / quien guía al errante; / Salve, al mundo entregaste / quien libra al esclavo. // Salve, plegaria ante el juez verdadero, // Salve, perdón del que tuerce el sendero. // Salve, atavío que cubre al desnudo / Salve, del hombre supremo deseo. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

14. — Ante el Parto admirable, / alejados del mundo, / hacia el cielo elevamos la mente. / El Altísimo vino a la tierra / con la humilde semblanza de un pobre / y enaltece hasta cumbres de gloria / a quien canta: ¡Aleluya!

15. — Habitaba en la tierra / y llenaba los cielos / la Palabra de Dios infinita. / Su bajada amorosa hasta el hombre / no cambió su morada suprema. / Era el parto divino de Virgen / que este canto escuchaba:

Salve, mansión que contiene el Inmenso; / Salve, dintel del augusto Misterio. // Salve, del incrédulo equívoco anuncio; / Salve, del fiel inequívoco orgullo; / Salve, carroza del Santo / que portan querubenes; / Salve, sitial del que adoran / sin fin serafines. // Salve, tú sólo has unido / dos cosas opuestas; / Salve, tú sola a la vez / eres Virgen y Madre. // Salve, por ti fue borrada la culpa / Salve, por ti Dios abrió el Paraíso. // Salve, tú llave del Reino de Cristo; / Salve, esperanza de bienes eternos. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

16. — Todo el orden angélico / asombrado contempla / el misterio de Dios que se encarna / Al Señor, al que nadie se acerca, / hecho hombre, accesible admira / caminar por humanos senderos, / escuchando. ¡Aleluya!

17. — Oradores brillantes / como peces se callan / ante ti, Santa Madre del Verbo. / Cómo ha sido posible no entienden / ser tú Virgen después de ser madre. / El prodigio admiramos tus fieles, / y con fe proclamamos:

Salve, sagrario de arcana sapiencia; / Salve, dispensa de la Providencia. // Salve, por ti se confunden los sabios; / Salve, por ti se aturden / sutiles doctores; / Salve, por ti desfallecen / autores de mitos; // Salve, disuelves enredos / de agudos sofistas; / Salve, rellenas las redes / de los Pescadores. // Salve, levantas de honda ignorancia; / Salve, nos llenas de ciencia superna. / Salve, navío del que ama salvarse; / Salve, oh puerto en el mar de la vida. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

18. — Por salvar todo el orbe, / el Divino Alfarero / hasta el mundo bajó, porque quiso. / Por ser Dios era el Pastor nuestro; / se mostró por nosotros Cordero; / como igual sus iguales atrae; / cual Dios oye; ¡Aleluya!

19. — Virgen, Madre de Cristo. / Baluarte de vírgenes y de todo el que en ti se refugia / el divino Hacedor te dispuso, / al tomar de ti carne en tu seno; y enseña a que todos cantemos / en tu honor, oh Inviolada:

Salve, columna de sacra pureza, / Salve, umbral de la vida perfecta. // Salve, tú inicias la nueva progenie; / Salve, dispensas bondades divinas. // Salve, de nuevo engendraste / al nacido en deshonra; / Salve, talento infundiste / al hombre insensato. // Salve, anulaste a Satán / seductor de las almas; / Salve, nos diste al Señor / sembrador de los castos. // Salve, regazo de nupcias divinas; / Salve, unión de los fieles con Cris-

to. // Salve, de vírgenes Madre y Maestra; / Salve, al Esposo conduces las almas. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

20. — Impotente es el canto / que alabar presumiera / de tu gracia el caudal infinito. / Como inmensa es la arena en la playa / puede ser nuestros himnos, Rey Santo, / mas no igualan los dones que has dado / a quien canta: ¡Aleluya!

21. — Como antorcha luciente / del que yace en tinieblas / resplandece la Virgen María. / Ha encendido la Luz increada; / su fulgor ilumina las mentes / y conduce a la ciencia celeste / suscitando este canto:

Salve, oh rayo de Sol verdadero, / Salve, destello de Luz sin ocaso. // Salve, fulgor que ilumina las mentes; / Salve, cual trueno enemigos aterra. // Salve, surgieron de ti / luminosos misterios; / Salve, brotaron en ti / caudalosos arroyos. // Salve, figura eres tú / de salubre piscina; / Salve, tú limpias las manchas / de nuestros pecados. // Salve, oh fuente que lavas las almas; / Salve, oh copa que vierte alegría. // Salve, fragancia de unguento de Cristo; / Salve, oh Vida del sacro Banquete. // Salve, ¡Virgen y Esposa!

22. — Por querer perdonarnos / el pecado primero, / el que paga las deudas de todos, / de sus prófugos busca el asilo, / libremente del cielo exiliado. / Mas, rasgando el quirógrafo antiguo, / oye un canto: ¡Aleluya!

23. — Celebrando tu parto, / a una voz te alabamos / como templo viviente, Señora. / Ha querido encerrarse en tu seno / el que todo contiene en su mano, / el que santa y gloriosa te ha hecho, / el que enseña a cantarte:

Salve, oh tienda del verbo divino, / Salve, más grande que el gran Santuario. // Salve, oh Arca que el Espíritu dora, / Salve, tesoro inagotable de vida. // Salve, diadema preciosa / de reyes devotos, / Salve, orgullo glorioso / de sacros ministros. // Salve, firmísimo alcázar / de toda la Iglesia; / salve, muralla invencible / de todo el Imperio. // Salve, por ti enarbolamos trofeos, / Salve, por ti sucumbió el adversario. // Salve, remedio eficaz de mi carne; / Salve, inmortal salvación de mi alma. / Salve, ¡Virgen y Esposa!

24. — Digna de toda loa, Madre santa del Verbo, el más Santo entre todos los Santos. Nuestra ofrenda recibe en el canto; salva al mundo de todo peligro; del castigo inminente libera a quien canta. ¡Aleluya!

# MARIA AUXILIADORA

---

## La hora de María en el pontificado de Pío IX y en el origen de la misión de San Juan Bosco

---

N. ECHAVE, S.D.B.

---

### LA ADVOCACION «MARIA AUXILIO DE LOS CRISTIANOS»

Ya en el 1558 las letanías lauretanas —así llamadas por recitarse en el santuario de Loreto— incluían entre las advocaciones a la Virgen, la de María Auxilio de los Cristianos. Poco después, en 1571, la gran victoria naval de Lepanto obtenida bajo la protección de la Virgen impulsará al Papa San Pío V a consagrar este día, el 7 de octubre, a Santa María de la Victoria y del Rosario. Desde esa fecha la advocación «María auxilio de los cristianos» se difunde entre el pueblo.

Pero el impulso más notable iba a surgir de la Alemania meridional. A pesar del triunfo protestante aquellas tierras se propusieron mantenerse fieles al catolicismo. La llamada guerra de los 30 años, 1618-1648, supuso una dura prueba para los príncipes católicos y el pueblo fiel. En medio de las vicisitudes de la guerra, la peste y del enfrentamiento religioso, los católicos de Baviera y del Tirol se sintieron particularmente protegidos por la Santísima Virgen y experimentaron una verdadera renovación espiritual. Se habían di-

rigido a la Santísima Virgen con el título de «María Auxiliadora» y obtuvieron la salvación de su fe católica y la libertad de sus tierras.

En 1683 una nueva crisis sacude a Europa, el ímpetu del Islam. Los turcos, capitaneados por el visir Kará Mustafá, ponen sitio a Viena, puerta oriental de Europa. El Papa Inocencio XI advierte el serio peligro para la existencia de la cristiandad y convoca una alianza entre austriacos, alemanes y polacos. Se juega el ser o no ser de la Europa cristiana. Los pueblos acuden a la protección de la Virgen. La invocación «María, ayuda» («Maria, hilf») recorre las regiones de Alemania y Austria, y el auxilio de María no se hace esperar. Las fuerzas turcas, tres veces superiores, son derrotadas y Viena se ve libre.

Los inicios del siglo XIX aportan una nueva experiencia de liberación para el Papado y la Iglesia, la del despotismo napoleónico. Pío VII, víctima personal de la ambición de Napoleón Bonaparte, es alejado de su sede de Roma y queda prisionero durante 5 años, pero el pontífice implora el auxilio de María e invita al mismo tiempo a los cristianos a encomendarse a ella. Las derrotas

del invierno de 1813-1814 suponen el fin de su destierro y el Papa regresa a Roma. En medio de una alegría general entra en ella el día 24 de mayo de 1814, y como agradecimiento a la protección de la Virgen, instituye la fiesta litúrgica de María Auxiliadora para ese día.

### **PIO IX, EL PAPA DE LA INMACULADA CONCEPCION**

En la fórmula solemne con la que el 8 de diciembre de 1854 fue definido el dogma de la Inmaculada Concepción de María, el Angélico Pontífice Pío IX insertó algunas conmovedoras expresiones que señalan y resumen en admirable síntesis su autorizado magisterio sobre la mediación social de María y el íntimo lazo que une los títulos de Inmaculada y Auxiliadora de la Iglesia.

«Nuestra boca está llena de gozo y nuestra lengua de júbilo, y damos humildísimas y grandísimas gracias a nuestro Señor Jesucristo, por habernos concedido, sin merecerlo, el singular beneficio de ofrendar y decretar este honor, esta gloria y alabanza a su santísima Madre. Sentimos además la más firme esperanza en la Santísima Virgen que toda hermosa e inmaculada, ha triturado la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente y ha traído la salud al mundo; en la que es la gloria de los profetas y de los Apóstoles, el honor de los Mártires, la alegría y corona de todos los santos, el refugio más seguro de todos los que peligran, fidelísima auxiliadora y poderosísima mediadora y conciliadora de todo el orbe de la tierra ante su unigénito Hijo, gloriosísima belleza y ornamento de la iglesia y su más sólido baluarte. Reafirmamos nuestra esperanza en la que destruyó siempre todas las herejías, libró de las mayores y más variadas calamidades a los pueblos fieles y naciones, y a Nos mismo nos sacó de tantos amenazadores peligros. Confiamos en que Ella, con su valiosísimo patrocinio, proteja a nuestra Santa Madre la iglesia Católica para que, removidas todas las dificultades y vencidos todos los errores en todos los pueblos y en todas las partes, tenga vida cada vez más floreciente y vigorosa, «de mar a mar y del gran río al confín de la tierra», y disfrute de toda paz, tranquilidad y libertad, para que consigan los reos el perdón, los enfermos el remedio, los pusilánimes la fuerza, los afligidos el consuelo, los que peligran la ayuda oportuna, y despejada la oscuridad de la mente

vuelvan al camino de la verdad y de la justicia los desviados, y se forme un solo redil y un solo pastor». (1)

Por la solemne circunstancia en que fueron pronunciadas y por la importancia dogmática de la bula *Ineffabilis Deus* en la que están insertas, estas proféticas palabras merecen nuestra particular atención por expresar admirablemente el singular patrocinio de María Inmaculada hacia la Iglesia Católica considerada socialmente con su cabeza visible el Sumo Pontífice, de un modo especial en los dolorosos y peligrosos acontecimientos de su pontificado y en los asaltos desencadenados por las fuerzas del mal contra el pueblo de Dios.

De los documentos marianos del largo y fecundo pontificado de Pío IX podemos entresacar un hermoso ramillete de advocaciones marianas que nos ilustrarán sobre el sentido de la devoción a la Virgen Inmaculada «Auxilio de los Cristianos», *Fidissima Auxiliatrix, Praeclarissimum Ecclesiae sanctae decus et ornamentum firmissimumque praesidium, Inter Christum et Ecclesiam constituta, Potentissimum Christianorum Auxilium, Ecclesiae Regina et Propugnatrix, Ecclesiae tutela et columen*, entre otros...

### **«DESTRUCTORA DE TODAS LAS HEREJIAS»**

El primer atributo que Pío IX, en la Bula *Ineffabilis Deus*, atribuye a la Virgen Inmaculada en su tarea de «firmísima defensa» de la Iglesia es la de haber destruido siempre todas las herejías. El Papa se lo atribuye con significativa insistencia a María Santísima como la que «toda bella e inmaculada, ha triturado la venenosa cabeza de la cruelísima serpiente». Más aún insiste el Papa que «sólo a Ella le ha sido concedido por Dios el poder de destruir todas las herejías en el mundo entero», y por eso la llama «destructora de toda herejía y de todo error».

Esta convicción se alimentaba de la experiencia de los pasados triunfos marianos, entre los que el Papa quiere recordar la espléndida victoria que con el Rosario de María consiguió la Iglesia frente a la herejía de los Albigenses considerándola como un buen auspicio contra los errores modernos:

(1) Pío IX. *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854. «Pii IX Acta», I, v. I p. 616-617.

«De esta plegaria, en efecto como de una espada invencible, se armó Santo Domingo para derrotar a la nefasta herejía de los Albigenses que amenazaba la paz y la tranquilidad de la Iglesia. Del mismo modo los fieles, revistiéndose de esta armadura, es decir del rezo diario del Santo Rosario, obtendrán más fácilmente que los monstruosos errores modernos que se difunden por doquier, sean derrotados y erradicados con el potente auxilio de la Inmaculada Madre de Dios y mediante las decisiones del Concilio Ecuménico Vaticano que hemos anunciado y que dentro de poco inauguraremos» (2).

Entre los «monstruosos errores modernos» contra los cuales Pío IX intervino con clarividencia y firmeza apostólica, aparece en primer lugar al racionalismo del que proceden todos los demás errores como de una raíz común. Con inspirada visión profética declara Pío IX que también «este perniciosísimo error» sería vencido por la Virgen Inmaculada como lo fueron todos los demás en el curso de los siglos:

«Este privilegio (el dogma de la Inmaculada Concepción) tendrá sin duda grandísima eficacia para refutar a los que no reconocen que la naturaleza humana haya sido deteriorada por el pecado original y exageran la fuerza de la razón para negar o disminuir las ventajas de la religión revelada. La Virgen Santísima, que ha derrotado y destruido todas las herejías, haga que sea completamente erradicado y aniquilado también este perniciosísimo error del racionalismo que en esta desgraciadísima época tanto aflige y atormenta no sólo a la sociedad civil sino también a la iglesia» (3).

Entre los funestos errores que empezaban a difundirse, especialmente en el mundo del trabajo, destaca el Papa el del materialismo, «cuyos secuaces no reconocen otras fuerzas que las de la materia y colocan toda la moralidad y honestidad en la acumulación y aumento, con cualquier medio, de las riquezas y en el satisfacer las perversas pasiones». Destaca asimismo el Papa los que él llama «nefastos sistemas», entre los que cita «el funestísimo error del comunismo y del socialismo».

Contra todos estos errores —exhortaba Pío IX—

«interpongamos con plena confianza la intercesión de la Sta. Virgen Inmaculada Madre de Dios, María, que destruyó todas las herejías en el mundo entero» (4).

## EFICAZ DEFENSA Y BALUARTE DE LA IGLESIA

La segunda tarea que Pío IX en la *Ineffabilis Deus* reconoce a María Inmaculada como «segurísimo refugio y fidelísimo auxilio» de los cristianos, consiste en el hecho de que ella no sólo «ha destruido siempre todas las herejías» sino que además «ha salvado a los pueblos fieles de gravísimos males de todas clases», y merece, por tanto, ser exaltada con los títulos ya citados de «Poderosísimo Auxilio de los Cristianos», «Reina y Defensora de la Iglesia», «Defensa y Baluarte de la iglesia» contra todos los asaltos infernales.

Así pudo experimentarlo el pontífice en el penoso exilio de Gaeta. En aquel doloroso momento escribía a los obispos del mundo entero:

«Vos bien sabéis, venerables hermanos, que todo el fundamento de nuestra confianza reposa en la Santísima Virgen, porque Dios ha concedido a María la plenitud de todo bien, para que sepamos que nos deriva de Ella toda esperanza, toda gracia, toda salvación... porque tal es la voluntad de Aquel que estableció que todo lo recibiésemos por medio de María» (5).

Entre las gloriosas victorias que la Cristianidad ha logrado sobre sus enemigos en el nombre de María, el probado Pontífice se complace en recordar la de Lepanto, y de ella extrae alegres auspicios en la lucha contra los modernos perseguidores de la iglesia:

«Esperamos por tanto —decía a la juventud romana— que lleguen días menos tristes, menos agobiantes. Perseveremos en la oración y así como en estos días celebramos la memoria del triunfo conseguido, hace tres siglos, contra el Islamismo y los turcos por intercesión de la Virgen Madre, recemos para que Ella nos conceda contemplar la suprema victoria contra la moderna incredulidad y los perseguidores de la Iglesia de Dios» (6).

(2) Pío IX. *Litt. Ap. Egregiis sui ordinis*, «A.A.S.», 5 (1869-1870), 383-384.

1870), 383-384.

(3) Pío IX. *Aloc. Singulari quadam*. «Acta» v. I. p. 630.

(4) Ep. Enc. *Quanta cura*, «Acta» v. 3, 699.

(5) Ep. Enc. *Ubi primum* del 2-II-1849, «Acta», I, 1, 163-164.

(6) Discurso del 20 de octubre de 1871 a toda la juventud romana.

Entre las «múltiples maquinaciones con que los enemigos del Cristianismo han osado asaltar a la Iglesia de Dios e intentado aunque inútilmente abatirla y destruirla, se debe ciertamente enumerar aquella perversa sociedad que vulgarmente se llama Masonería, y que, obligada antes a esconderse en las tinieblas, irrumpe luego para ruina de la religión y de la sociedad humana» (7).

A esta «impía secta» atribuye el Papa los vastos movimientos de rebelión y las grandes calamidades de las cuales ha sido partícipe la Iglesia. Frente a esta «tenebrosa sociedad masónica tan enemiga de la Iglesia» contraponen confiadamente «el patrocinio de la Sma. Virgen madre del mismo Dios, Inmaculada desde su origen, a la cual ha sido concedido el poder de desbaratar a los enemigos de la Iglesia y sus monstruosos errores».

### LOS DOS GRANDES SANTUARIOS A MARÍA AUXILIADORA

En aquellos turbulentos y angustiosos años que vieron la progresiva anexión de las Provincias de los Estados Pontificios al Reino de Saboya, adquieren especial significado las intervenciones de Pío IX en favor de dos centros de devoción mariana que fueron surgiendo en Spoleto y en Turín bajo la advocación de María Auxiliadora.

En marzo de 1862 desde Spoleto, importante enclave en los territorios pontificios caído hacía poco en las manos de los insurrectos, se había empezado a difundir por toda la península una ola de extraordinario entusiasmo popular hacia María Auxiliadora. El entusiasmo era causado por las apariciones y prodigios que acompañaron al descubrimiento de una antigua imagen de la Virgen. El arzobispo diocesano Mons. Arnaldi aprobó y propagó su culto bajo el título de AUXILIUM CHRISTIANORUM y promovió la construcción de un grandioso santuario que se convirtió pronto en meta de peregrinaciones y centro de irradiación del culto a María Auxiliadora. Pío IX no dudó en manifestar su complacencia y aprobación a este movimiento de devoción mariana surgido en defensa de los derechos de la iglesia. Se sabía no sólo que tenía junto a sí una copia de la imagen milagrosa, sino que se había dignado componer

e indulgenciar una breve oración que fue ampliamente difundida. La invocación pontificia, a pesar de su sobriedad y concisión, expresa indudablemente las ansias del Papa por las dolorosas vicisitudes del momento y por los peligros de extravío al que estaban expuestas las almas de sus hijos

«Señor Dios Omnipotente, que permites el mal para extraer el bien, escucha nuestras humildes súplicas con las que os pedimos perseverar en medio de tantos asaltos y permanecer fieles hasta la muerte. Por lo demás, dadnos fuerza, con la mediación de María Santísima, para poder siempre conformarnos a vuestra santísima voluntad».

En aquellos mismos años en Turín, centro propulsor del movimiento unitario y primera capital del nuevo Reino de Italia, un humilde sacerdote piemontés, Don Bosco, unido a Pío IX por una filial y devota amistad e íntima correspondencia de ideas, por impulso de celestes inspiraciones, decidía erigir un gran templo en honor de María Auxiliadora de los cristianos.

El porqué del título elegido aparece claro en una confidencia del santo al futuro cardenal Juan Cagliero, el cual afirma:

«En 1862 Don Bosco me dijo que proyectaba la construcción de una iglesia grandiosa y digna de la Santísima Virgen. Hasta ahora —añadía— hemos celebrado con solemnidad y pompa la fiesta de la Inmaculada... Pero la Virgen quiere que la honremos bajo el título de María Auxiliadora: los tiempos corren tan tristes que tenemos necesidad de que la Virgen Santísima nos ayude a conservar y defender la fe cristiana» (8).

El título de María Auxiliadora sonaba en ciertos oídos como una especie de desafío. El redactor de las Memorias biográficas de San Juan Bosco, Don Lemoyne, testigo de los acontecimientos, lo expresa así:

«Se adivinaba (en este título) una especie de oposición a las máximas de la revolución y a sus triunfos: parecía como una nueva bandera que se levantase en el campo de la iglesia» (9).

Pío IX, como había hecho con el santuario de Spoleto, no dudó en manifestar su complacencia: envió un primer donativo de 500 francos, declaró mientras aún se debatía la cuestión del título, que el de María Auxiliadora sería ciertamen-

(7) Alloc. Multiplices inter del 25-IX-1865, «Acta», I, 4, 23.

(8) Memorias Biográficas de San Juan Bosco. VII, 334; cfr. p. 372.

(9) Ibid. p. 468.

te del agrado de la Reina del Cielo y colmó de indulgencias a los generosos donantes. Por eso pudo decir Don Bosco: «Digámoslo en honor a la verdad y a la gloria del reinante Pío IX; si esta iglesia pudo llevarse a término en tan breve espacio de tiempo, se lo debemos especialmente a él» (10).

En una carta a Don Bosco del 23 de septiembre de 1868 resume admirablemente el Papa sus sentimientos en torno a la advocación María Auxilio de los Cristianos:

«Ayudará muchísimo a acrecentar nuestra confianza la vista de esta imagen ya que Nos entendemos que no ha sucedido sin un divino consejo el que mientras se renovó por parte de los impíos una terrible guerra contra la Iglesia Católica, se celebrase con nuevos honores la celestial Patrona con el título de Auxilio de los Cristianos. De hecho, Nos, bajo su protección, nutrimos la confianza de que, protegidos por la divina providencia, seremos liberados de los males presentes y surgiremos indemnes de nuestros enemigos» (11).

Entre tanto los acontecimientos se precipitaban y también Roma era ocupada por las tropas piemontesas. Al comunicar oficialmente a cada cardenal la noticia del dolorosísimo acontecimiento el 29 de septiembre de 1870, el angustiado Pontífice no dejaba de exhortar a todos a la oración y confianza en la Inmaculada Madre de Dios.

A los representantes católicos de las naciones que habían protestado solemnemente ante él por la ocupación de los territorios pontificios, les respondió Pío IX el 24 de enero de 1872:

«¿Qué vamos a hacer Nos en tiempos tan tristes? Entre los recuerdos que ahora nos suministra la memoria hay uno de hace muchos siglos. Recordamos a Esaú cuando se dirigía furibundo contra su hermano Jacob. Jacob, viendo el peligro, se preocupó de esperarlo convenientemente: colocó en primera línea a los siervos, luego a los hijos, luego a la inocente Raquel. Nos imitaremos a Jacob. Tenemos a un Esaú que nos persigue dura y ferozmente... Pero nuestra Raquel está en el cielo y es la Madre de Dios y Madre Nuestra. Ella, el Auxilio de los Cristianos, el refugio de los pecadores, la destructora de toda herejía, de todo error, sea nuestra Protectora».

(10) G. Bosco. Rimembranza di una solennità di Maria Ausiliatrice. Torino 1868, 17-18.

(11) Memorias Biográficas, IX p. 357-358.

## AUXILIADORA DEL PAPA Y DE LA SEDE APOSTOLICA

Pío IX en la Bula *Ineffabilis Deus* subraya un tercer aspecto de la «validísima protección» de María Inmaculada hacia la Iglesia cuando atestigua que la Virgen ha liberado a «Nos mismo de tantos peligros». ¿Cómo podría ser de otro modo? Siendo la Santísima Virgen «eficaz defensa y apoyo de la Iglesia» debe serlo también y de un modo especial del Papa, cabeza visible y piedra fundamental de la Iglesia.

Apenas elegido para la Cátedra de Pedro, Pío IX, en su primer discurso a los cardenales imploraba y hacía implorar para su pontificado «el auxilio de la Bienaventurada Virgen María»... Y en los primeros años de su glorioso y probado pontificado, con ocasión del doloroso exilio de Gaeta, experimentó la potencia salvadora de María. A su materna intervención atribuía el Papa su liberación tras 16 meses de exilio, «aquel período en el que pareció que el príncipe de las tinieblas vomitase toda su rabia contra la Iglesia y contra esta Sede Apostólica... Al potentísimo patrocinio de la Virgen María Inmaculada atribuimos Nos nuestra propia salvación...».

Pero le esperaban al Pontífice de la Inmaculada momentos más tristes y dolorosos en que la Santísima Virgen iba a mostrarse como «eficaz defensa y apoyo del Papa y de la Sede Apostólica»: la ocupación de Roma por parte de las tropas italianas. La «venerada sede de la verdad», «la Ciudad Santa» se convirtió —usando las expresiones del Pontífice— «otra vez centro de todos los errores», «la ciudad de la impiedad», «donde reina la usurpación, la violencia, la injusticia, la corrupción, la incredulidad», y el Vicario de Cristo se convirtió en el «prisionero del Vaticano», privado en realidad de «aquella libertad que nos es absolutamente necesaria para gobernar a la iglesia de Dios y cuidar sus intereses...».

Ante tanta iniquidad e injusticia no se derrumbó el ánimo del Pontífice. «Verdaderamente este es el momento de elevar los ojos al cielo, a aquella gran Madre y Mediadora». De Ella espera confiadamente que Roma vuelva a mostrar su aspecto de religión y piedad, que vuelva la paz, la tranquilidad y cesen los escándalos. «Ella —afirma el Papa— Nos dará la paz que poseíamos y que esperamos volver a ver».

No llegó a ver Pío IX el día por tanto tiempo suspirado, pero nos complace considerar que fue

gracias a sus insistentes y apremiantes plegarias a la Virgen Inmaculada Auxiliadora de los Cristianos, el que sesenta años más tarde, precisamente en el día consagrado al recuerdo de las apariciones de Lourdes, se sancionase con la firma de los Pactos Lateranenses la esperada solución de la Cuestión Romana.

En aquellas horas angustiosas de la ocupación romana, María fue ciertamente el sostén y apoyo de Pío IX tal como se lo indicaba san Juan Bosco el 12 de febrero de 1869. Con lenguaje inspirado y profético, tras haberle predicho calamidades y desgracias, le indicaba Don Bosco: «Los días corren veloces, tus años avanzan hasta el número establecido, pero la Gran Reina será siempre tu auxilio, y como en tiempos pasados así en el porvenir siempre «magnum et singulare in Ecclesia praesidium» (12).

En otra profética visión ve Don Bosco al Pontífice, asaltado por sus enemigos, empuñar victoriosamente «el estandarte de Aquella que combate y dispersa a los más poderosos ejércitos de la tierra... En el estandarte estaba escrito en un lado: Regina sine labe concepta, y en el otro: Auxilium Christianorum...».

En los 32 años de su glorioso pontificado Pío IX vio realizarse admirablemente en su propia persona el augurio que hacía a los Obispos venidos de todas las partes del mundo para la definición de la Inmaculada Concepción de María: «Os asista la Santísima Virgen, Inmaculada desde el principio; sea Ella para vosotros fiel consejo en las dudas, alivio en las tristezas, auxilio en las adversidades...».

---

(12) Memorias Biográficas X, p. 60.

## A MODO DE CONCLUSION

1 — En el cuadro de su riquísima doctrina sobre la mediación universal de María, fue Pío IX quien dio un especial e insistente relieve a la mediación social de la Virgen Inmaculada hacia la Iglesia Católica considerada como cuerpo visible y social.

2 — Esta mediación social de María hacia la Iglesia, según Pío IX, se explica sobre todo, en la lucha victoriosa contra las herejías de todas las edades, en la defensa del pueblo cristiano contra los asaltos de las fuerzas infernales, en la especial asistencia al Vicario de Cristo y a la Sede Apostólica contra todos sus enemigos...

3 — Para expresar este aspecto social de la mediación de María hacia la Iglesia, Pío IX usa especialmente el título tradicional *Auxilium Christianorum*, poniendo de relieve con frecuencia el valor y contenido eclesiológico y favoreciendo de muchas maneras su culto entre los fieles.

4 — Pío IX establece una estrecha ligazón entre el título *Auxilium Christianorum* y el privilegio de la Inmaculada Concepción, cuya proclamación dogmática considera un eficazísimo antídoto contra los errores modernos y una garantía segura de nuevos y más insignes favores de María hacia la Iglesia.

5 — Entre los movimientos suscitados por la devoción y el culto a María Auxiliadora surge a mediados del siglo XIX la Congregación Salesiana. Su fundador, San Juan Bosco, lo definirá escuetamente: «María Auxiliadora es la fundadora y será la sostenedora de nuestras obras». Tanto Don Bosco como su obra fueron suscitados para vivir y difundir la devoción a María Auxiliadora, especialmente en el campo de la juventud.

# LA PRUDENCIA EN LA ACTIVIDAD PRACTICA

Margarita MAURI ALVAREZ

**El hombre lleva a cabo su obra mediante la prudencia y la virtud moral (1).**

La importancia de la prudencia en la actividad práctica del hombre queda reflejada en esta cita de la **Ética a Nicómaco**, puesto que la prudencia, de la mano de la virtud moral, configura la vida moral del ser humano. La obra, el *εργον* ergon del hombre es el total desarrollo de su ser partiendo de las potencialidades que su mismo ser expresa. Al margen de tareas parciales que supongan el perfeccionamiento de un ámbito particular de la vida humana, en la **obra** principal se encuentra empeñado todo su ser racional. Esta perfección a la que el hombre está llamado no puede realizarse más que por la prudencia, supuesta la virtud moral, precisamente porque es, tal como la define Aristóteles, «la disposición racional verdadera y práctica con respecto a lo que es bueno para el hombre» (2).

La prudencia conduce al bien deliberando acerca de la forma más conveniente de alcanzarlo. La posesión de cada bien parcial como fin relativo y la del bien total como fin último, conducen al hombre a su perfección, y con ella a la felicidad.

El hombre prudente conoce, y porque conoce sabe cómo obrar, aplicando a la operación par-

ticular su conocimiento. Conoce lo que es bueno y conveniente para él y actúa en consecuencia; la operación principal del hombre prudente es la buena deliberación por la que se propone como objeto el mayor bien práctico para su desarrollo perfectivo.

En el entendimiento práctico se encuentran los fines connaturales al hombre de los que posee conocimiento por el hábito natural de la *synderesis*. La prudencia, virtud intelectual adquirida (3) halla en el entendimiento práctico su sujeto, y su materia propia es aquello que se ordena al fin, los medios que presuponen un fin al que se orientan, y una operación en la que se concretan; por eso la prudencia es «*recta ratio agibilium*», hace la razón recta respecto a lo «*orable*», y en cuanto se aplica a la deliberación, «la prudencia tiene por objeto lo humano y aquello sobre lo que se puede deliberar» (4). La prudencia que aquí consideramos es aquella que tiene por objeto el bien del hombre, no un bien particular como la salud, o el bien del hombre en cuanto miembro de la familia o estado, sino el bien del hombre como hombre; es la prudencia «*simpliciter*» que se ordena al bien total y propio.

(1) **Ética a Nicómaco**, VI, 12, 1144a 6-7.

(2) **Ética a Nicómaco**, VI, 5, 1140b 20-21.

(3) Sto. Tomás de Aquino; **Scriptus Super Libros Sententiarum**, III, d. XXXIII, q. 2, a. 4, Sol. IV.

(4) **Ética a Nicómaco**, VI, 7, 1141b 8-9.

La operación es el fin de la razón práctica, y a ella se aplica la prudencia, concedora de los principios universales de la razón y de la naturaleza singular de la operación: «Tampoco versa (la prudencia) exclusivamente sobre lo universal, sino que tiene que conocer lo particular, porque es práctica, y la acción tiene que ver con lo particular» (5). Sin ser para el hombre lo más elevado, la prudencia le permite obrar en medio de lo contingente. Los medios que conducen al fin, toman de éste su razón de ser, por eso, la virtud que perfecciona la razón relacionada con los medios supone la inclinación del apetito al fin, la del apetito superior que es natural, y la del apetito inferior nacida del asentamiento a la razón (6). Para adquirir la virtud de la prudencia es necesaria la buena disposición del hombre respecto a los fines —principios del obrar— y esta disposición se alcanza únicamente por la rectitud de la voluntad: la prudencia tiene por sujeto el entendimiento práctico en orden a la voluntad recta. Las virtudes morales hacen posible la recta estimación de los fines de la vida humana, fines en los que se apoya como principios de su obrar, por eso no es posible la prudencia sin las virtudes morales.

El conocimiento universal de los principios del obrar que posee la prudencia es insuficiente cuando se trata de juzgar un caso particular, pues del solo conocimiento no se deriva, como Sócrates (7) la recta aceptación del principio moral. El hombre está rectamente dispuesto respecto a los principios universales de su obrar por el entendimiento natural de los principios o por alguna ciencia práctica, pero se requiere la rectificación del apetito a fin de que éste sea acorde con los movimientos de la razón y sea posible el juicio sobre el caso particular a partir del principio universal. De lo contrario, el movimiento del apetito a fin de que éste sea acorde con los movimientos de la razón y sea posible el juicio sobre el caso particular a partir del principio universal. De lo contrario, el movimiento del apetito puede turbar la clarividencia del principio universal de tal forma que altere el juicio de la razón, pareciendo bueno el objeto del deseo aunque sea contrario al juicio universal de la razón.

(5) *Ética a Nicómaco*, VI, 7, 1141b 14-15.

(6) *Scriptus Super Libros Sententiarum*, III, d. XXXIII, q. 2, a. 4, Sol. IV.

(7) *Ética a Nicómaco*, VII, 2, 1145b 23 ss.

Para armonizar el conjunto que rige la vida moral del hombre es necesaria la recta disposición en orden a los principios particulares del obrar —que son los fines— por medio de algunos hábitos que le hagan connatural el acto de juzgar rectamente sobre el fin, y en esto consiste la virtud moral. Porque el fin aparece a cada uno tal cual sea él (8), es necesario llegar a ser de tal forma que se estime rectamente el fin que es, en sí, recto.

No hay prudencia sin apetito recto, pero tampoco existe apetito recto sin prudencia.

En la materia a la que se aplica la prudencia hallamos la razón que diferencia entre sí las virtudes intelectuales. Estas —sabiduría, ciencia y entendimiento— versan sobre lo que no puede ser de otra manera que como es, es decir, sobre lo necesario. La prudencia, en cambio, tiene por materia lo contingente, aquello que está en la mano del agente obrar o no obrar.

Formalmente, la prudencia se separa de las virtudes morales en razón de la potencia en la que se encuentra, intelectual en su caso, y apetitiva en la de las virtudes morales. La particularidad de la prudencia le confiere el calificativo de virtud especial (9) intelectual, y en cierto modo moral: «(...) es esencialmente intelectual ya que es un hábito del conocimiento y perfecciona a la razón; pero es moral con relación a la materia en cuanto dirige a las virtudes morales, por ser recta razón de lo obrable...» (10).

Los fines de las virtudes morales preexisten en la razón natural o *sindéresis*, y la prudencia aplica los principios universales a las conclusiones particulares de la operación. De ésta forma la «*praestitutio finis*» precede a la prudencia como el *intellectus principiorum* a la ciencia; la *sindéresis* mueve a la prudencia que, a su vez, mueve a las virtudes morales. La forma en que la prudencia dirige a las virtudes morales es eligiendo los medios y marcando en cada una de ellas el fin que le es propio, a saber, alcanzar el término medio en sus materias respectivas, determinado por la recta razón de la prudencia.

Sin la prudencia no pueden darse, pues, las virtudes morales en vista de que éstas consisten en la elección, que es de lo que al fin se encamina, materia propia de la prudencia. Esta depende

(8) *Ética a Nicómaco*, III, 5, 1114a 32.

(9) *Summa Theologica*, II-II, q. 47, a. 5.

(10) *Scriptum Super Libros Sententiarum*, III, XXIII, q. 1, a. 4, Sol. II, ad. 3.

de las virtudes morales tanto como éstas de la prudencia sin que con esta afirmación se caiga en un círculo vicioso. El apetito es recto doblemente, en cuanto al fin, y con relación a los medios. La rectitud del fin es determinada por la naturaleza, y es de esta rectitud que hablamos al decir que la prudencia depende de la rectitud de los fines, que nos es proporcionada por la *synderesis*, pero no es suficiente con que muestre el fin recto, hace falta además que el apetito lo siga, y ello es así si el apetito está rectificado por las virtudes morales. Si nos referimos a la rectitud de los medios, de la prudencia dependen las virtudes morales en cuanto su forma de ordenarse al fin». (...) no es posible ser bueno en sentido estricto sin prudencia, ni prudente sin la virtud moral. De esta manera se desharía también el argumento dialéctico según el cual las virtudes se dan independientemente unas de otras (...) la elección no puede ser recta sin prudencia ni sin virtud ya que la una determina el fin y la otra hace realizar las acciones que conducen al fin» (11).

Siguiendo a Santo Tomás (12) pueden considerarse tres partes en la división de la prudencia según se atiende a estos criterios:

- a) partes que concurren a perfeccionar el acto de la prudencia: división «integralis».
- b) especies de la prudencia: división «subiectiva» (o «universalis»).
- c) virtudes anexas a la prudencia ordenadas a actos secundarios: división «potentialis».

Las partes de la prudencia según la **división «integralis»** no son, en sí mismas, virtudes, sino condiciones de la virtud en la que se integran. Son ocho partes agrupadas en cinco pertenecientes a la prudencia según que es virtud cognoscitiva: **memoria**, **entendimiento** (referidas al conocimiento mismo), **mansedumbre**, **talento y buen tino** (relacionadas con la adquisición de conocimiento), **razón** (relativa al uso del conocimiento); y tres que corresponden a la prudencia en tanto que se aplica el conocimiento a la operación; **providencia**, **circunspección y precaución**.

La virtud intelectual se genera a través de la experiencia de actos virtuosos a los que la **memoria** (memoria) añade facilidad en la ejecución contribuyendo así a su consolidación. La prudencia tiene por objeto lo particular con lo que nos

familiarizamos por la experiencia, y ésta no se da sin la memoria, «la memoria es, según lo mismo, aquella por la que la mente intenta alcanzar de nuevo las cosas que ocurrieron» (13). El objeto primordial de la memoria es el conocimiento pretérito del que la prudencia extrae consecuencias para la deliberación futura.

La prudencia es virtud de los medios ordenados al fin, *recta ratio agibilium* que en su actividad deriva de los principios universales del entendimiento las conclusiones particulares de la acción. La prudencia depende del **entendimiento** (*intellectus*) en cuanto al conocimiento universal de los primeros principios prácticos y especulativos de los cuales parte el silogismo, y también del conocimiento singular en el que finaliza el silogismo.

La **mansedumbre** (*docilitas*) es la disposición de ánimo que presenta el que se deja aconsejar sobre las cosas que pertenecen a la prudencia por hombres más preparados que él. La mansedumbre acompaña y perfecciona a la prudencia porque acrecienta su conocimiento por mediación de otros. Parecida a la mansedumbre, el **talento** (*solertia*) se diferencia de ella en el origen del conocimiento que el sujeto adquiere en materia prudencial, pues se convierte él mismo en la fuente de ese conocimiento al considerar súbitamente, sin razonamiento ni inquisición, el medio más conveniente para la operación. El **buen tino** (*eustochia*) acompaña a la prudencia haciendo recta su conjetura.

La **razón** (*ratio*) dice relación a la adquisición y al discurso por donde se relacionan con la prudencia, uno de cuyos actos es la deliberación que es cierta investigación; la prudencia requiere para la buena deliberación de un correcto razonamiento del que depende; por eso, de las ocho partes «integralis» de la prudencia, la razón se refiere al uso del conocimiento.

La **providencia** (*providentia*) es la parte de la prudencia por la que ordenamos las cosas presentes con vistas a un futuro. Ordenar los medios al fin es propio de la prudencia; la providencia se añade a ésta preveyendo desde el presente lo por venir.

Las circunstancias convergen en la operación especificándola accidentalmente, y, por eso, la prudencia —virtud de lo obrable— ha de tener en

(11) *Ética a Nicómaco*, VVI, 3, 1144m 31-1145a 6.

(12) *Summa Theologica*, II-II, q. 48, a. unicus.

(13) *Scriptum Super Libros Sententiarum*, III, XXXIII, q. 3, a. 1, Sol. I.

cuenta las circunstancias que concurren en la ordenación al fin. Esta parte integral de la prudencia es la **circunspección** (circumspectio) complementaria a su vez de la providencia: ésta atiende a lo que por sí mismo es conveniente al fin; la circunspección, lo que es conveniente al fin desde las circunstancias.

La **precaución** (cautio), por último, perfecciona la prudencia integrando en ésta una atenta vigilancia para impedir el mal y procurar el bien, «(...) aquello sobre lo que trata la prudencia es lo contingente operable, en lo cual tal como lo verdadero puede mezclarse con lo falso, así lo malo con lo bueno, por causa de las múltiples formas de las cosas operables...» (14).

La **división «subjectiva»** atiende a las diversas especies de prudencia cuando ésta no se refiere ya a la recta ordenación que el agente hace de su propia vida, sino al bien de una comunidad. Las diferentes clases de comunidad diversifican las especies de prudencia: **del reino** (regnativa) correspondiente a la dirección de un estado; **política** (política) o prudencia de los ciudadanos; **económica** (o económica) o prudencia del término medio entre el estado y el individuo, es decir, la familia; y la **militar** (militaris) prudencia ordenada a la defensa del bien común.

Los actos de la prudencia son tres: deliberar o aconsejar rectamente, juzgar e imperar sobre los medios para alcanzar el fin debido. Los dos primeros actos pertenecen a la razón especulativa, y el último es propiamente el acto de la prudencia como virtud de la razón práctica ordenada a la operación. La razón especulativa aconseja y juzga siguiendo los pasos de una investigación cuya conclusión es aplicada (15) a la operación por medio del acto imperativo. Imperar es el fin más propio

de la razón práctica al que se hallan subordinados los demás y, por consiguiente, es el fin más propio de la prudencia. Estos tres actos de la prudencia son perfeccionados por otras tantas virtudes de la razón práctica de la que dependen a modo de virtud principal: la **eubulia**, la **synesis** y la **gnome**, partes de la prudencia según la **división «potentialis»**.

La **eubulia** es la virtud que capacita para deliberar rectamente en el acto de investigación sobre los medios convenientes según determinadas circunstancias. La **synesis**, en cambio, es virtud iudicativa, cuyo objeto es juzgar bien sobre lo deliberado ordenándose a la prudencia. Santo Tomás entiende por **synesis**, sensatez, y llama sensatos a quienes pueden juzgar bien acerca de lo que se ha de obrar.

A la virtud de la **gnome** pertenece el recto juicio sobre aquellas cosas en las que la ley es deficiente, y por escapar el caso particular a la ley, se requiere la intervención del «epikeios» que rectifica la ley allí donde, por ser general, no alcanza al caso particular.

Así considerada, la prudencia tiende un puente entre la vida teórica y la vida práctica al permitir aplicar los principios de la ética a la variedad de circunstancias que la vida hace posible. La prudencia no versa exclusivamente sobre el universal porque si bien es éste su punto de partida, la aplicación que de este conocimiento hace es siempre relativo a la acción particular. Del mismo modo, toda ética que niegue a la prudencia su valor moral se ve abocada a establecer una dicotomía entre los dos ámbitos del ser humano —teórico o práctico— como ya reconoció Aubenque al comentar la filosofía kantiana señalando la irreconciliable distancia que se establecía entre libertad y naturaleza (16).

(14) *Summa Theologica*, II-II, q. 49, a. 8.

(15) La solicitud (sollicitudo) (S. Th. II-II, q. 47, a. 5) es la aplicación del consejo y juicio a la operación y pertenece también a la prudencia.

(16) Aubenque, P.; La prudence chez Kant (II); *Revue de Métaphysique et de Morale*, v. 80 (1975), p. 181.

# Oración de Juan Pablo II para el Año Mariano

«Madre del Redentor, en este año a ti dedicado, exultantes te proclamamos bienaventurada. Dios Padre te ha elegido antes de la creación del mundo para actuar su providencial plan de salvación. Tú has creído en su amor y obedecido a su palabra.

El Hijo de Dios te ha querido como Madre suya cuando se hizo hombre para salvar al hombre. Tú lo has acogido con pronta obediencia y corazón indiviso.

El Espíritu Santo te ha amado como su mística Esposa y te ha colmado de dones singulares. Te has dejado plasmar dócilmente por su acción escondida y poderosa.

En la vigilia del tercer milenio cristiano, a ti confiamos la Iglesia, que te reconoce y te invoca como Madre. Tú que sobre la tierra la has precedido en la peregrinación de la fe, confórtala en la dificultad y las pruebas, y haz que en el mundo sea siempre más eficazmente signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

A ti, Madre de los cristianos, confiamos de modo especial los pueblos que celebran en el curso de este Año Mariano el sexto centenario o el milenio de su adhesión al Evangelio. Su larga historia está profundamente marcada por la devoción hacia ti. Dirige a ellos tu mirada amorosa; da fuerzas a cuantos sufren por la fe.

A ti, Madre de los hombres y de las naciones, con confianza entregamos la Humanidad entera con sus temores y esperanzas. No dejes que le falte la luz de la verdadera sabiduría. Guíala en la búsqueda de la libertad y de la justicia para todos. Dirige sus pasos por las vías de la paz. Haz que todos encuentren a Cristo, camino, verdad y vida.

Sostén —¡Oh, Virgen María!— nuestro camino de fe y consíguenos la gracia de eterna salvación. ¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Madre de Dios y Madre nuestra, María!».

## COPLAS EN ALABANSA DE NOSTRA SENYORA DEL CARMÉ



Vos que sou Reyna Carmelitana  
que als vostres fills saludau,  
Vos sou la guia de l' ànima mia,  
y de tots los devots Cristians:

*Ave Maria sou concebuda  
sens peccat original.*

Vos sou la guia de l' ànima mia  
y de tots los devots Cristians,  
sou coronada Verge Sagrada,  
de dotze estrelles molt brillants:

*Ave Maria, etc.*

Sou coronada, Verge Sagrada  
de dotze estrelles molt brillants:  
tots los Angels y Arcàngels  
a vostres plantas van cantant:

*Ave Maria, etc.*

Tots los Angels y Arcàngels  
a vostras plantas van cantant;  
be sabeu vos, Verge Maria,  
que tots los devots defensau:

*Ave Maria, etc.*

Be sabeu vos, Verge Maria.  
que tots los devots defensau:  
tots los que portan lo escapulari  
tenen defensa molt natural:

*Ave Maria, etc.*

Tots los que portan lo escapulari  
tenen defensa molt natural;  
tots los dimecres y dissabtes

al purgatori devallau:

*Ave Maria sou concebuda  
sens peccat original.*

Tots los dimecres y dissabtes  
al purgatori devallau:  
a buscar aquelles animetas  
que 's donan a vostras mans:

*Ave-Maria, etc.*

A buscar aquelles animetas  
que 's donan a vostras mans:  
y las pujau a la Gloria  
y al vostre Fill las presentau:

*Ave Maria, etc.*

Y las pujau dalt a la Gloria,  
y al vostre Fill las presentau:  
lo vostre Fill ab la cara alegre  
se las ne puja al seu Palau:

*Ave Maria, etc.*

Lo vostre Fill ab la cara alegre  
se las ne puja al seu Palau:  
ara dirém un Pare nostre  
per los que estan en peccat mortal:

*Ave Maria, etc.*

Ara dirém un Pare nostre  
per los que están en peccat mortal;  
y també una Ave Maria,  
per los que están agonisant.

*Ave Maria sou concebuda  
sens peccat original.*

*Dient una salve a Maria Santissima se guanyan 360 dies de indulgencia*